

Contacto con el autor:

Correo electrónico: *geoclau@hotmail.com*

I.S.B.N.: 978-987-05-5936-8

Se terminó de imprimir en Febrero de 2009
en los talleres «DMG»

Tel: (0223) 487-3123. Bolivia 1867.

edicionesdmg@yahoo.com.ar

Mar del Plata - Buenos Aires - Argentina

**Queda hecho el depósito que marca la
ley 11.123 de Propiedad Intelectual.**



Claudia Viviana Parreño

La Ruta de los Dinosaurios
Y otros relatos

*Para Darío,
que a sus dos años viaja
por los maravillosos mundos
de la imaginación*

**LA RUTA DE
LOS DINOSAURIOS**

¿POR QUÉ NEUQUÉN?

En enero de 2006 con una amiga¹ decidimos hacer un recorrido por la Ruta de los Dinosaurios, pasando por alguna de las zonas naturales aún inhóspitas y en buena parte agrestes de la Patagonia.

Con ese objetivo en mente y el deseo de recorrer desde las semiáridas estepas neuquinas hacia la tierra de la araucaria y la energía termal, para terminar en la zona lacustre de Río Negro, podríamos contemplar los grandes cambios que se están produciendo en la región, los testimonios de los reptiles gigantes que hoy en día asombran al mundo y las profundas interrelaciones entre el paisaje, su flora y su fauna, y los hombres y mujeres que en él viven.

Neuquén y el norte de la Patagonia son tierras en proceso de cambio, que en pocos años más dejarán de ser “esa región que sólo genera petróleo y energía en los grandes embalses hidroeléctricos”, mientras el guanaco y el choique van desapareciendo al paso de la minería y el avance de las poblaciones.

Algunos de estos cambios seguramente serán provechosos para la población regional y para beneficio del país, pero otros que, lamentablemente ya se están observando, no dejan lugar a dudas de lo dañina que puede ser la intervención del hombre sin calcular en forma apropiada y racional los alcances de sus actividades sobre el medio. No me refiero sólo a las intervenciones locales sino a las producidas por causas más amplias, como el llamado “calentamiento o cambio climático global” que pude observar ya en viajes anteriores causando fuertes modificaciones en el ambiente, como la total desaparición del Ventisquero Negro en la base del Cerro Tronador, cercano a Bariloche.

¹ Andrea Márquez, profesora de Geografía al igual que yo.

En 1993 pude observar esta morena, imponente masa de hielo fósil, que arrastraba a su paso cantos rodados, pedregullo y tierra. La lengua del glaciar era abastecida por las abundantes nieves con un límite de 2100 metros de altura. Parecía un glaciar de montaña sumamente compacto, destinado a durar otros 10.000 años.

Sin embargo, en un viaje en 2003 (sólo 10 años después, un “segundo” en la escala glaciológica!) el ventisquero había desaparecido por completo, quedando sólo contados y pequeños bloques oscuros como aislados témpanos en medio de un lago triste y de color barroso... ¡Es difícil describir la impresión que causa ver que un fenómeno que tiene miles de años en la Tierra puede desaparecer tan abruptamente! Y todo el tiempo los científicos lo están advirtiendo en publicaciones y medios de comunicación, pero verlo “en vivo y en directo” causa un impacto imposible de ser olvidado.

Pero no es el objeto de estas páginas deprimir al lector con apocalípticas proyecciones de las consecuencias que las acciones humanas trajeron, traen y traerán a la naturaleza, si seguimos explotándola desaprensivamente; muchos libros y filmes actuales tratan esos temas y quien se halle interesado en la ecología y el cuidado del medio ambiente seguramente conocerá en forma más o menos profunda la temática.

El objetivo de escribir estas impresiones es interesar a quienes gustan de los ambientes poco modificados y la observación de las manifestaciones más puras de la naturaleza, amén de quienes se apasionan por los descubrimientos de fósiles de dinosaurios y otras faunas extintas. Los libros de viajes entusiasman a los que llevan la “chispa” de la exploración en el alma (quién puede leer a Darwin, Ameghino, o al Perito Moreno, por ejemplo, en el “Viaje a la Patagonia Austral”, sin desear estar en esos imponentes paisajes, aunque por supuesto sin exponerse al peligro de ser atacado por un puma, comer los poco apetitosos “manjares” de los indios o pernoctar en la montaña con el sólo abrigo de la luz de las estrellas...) Por supuesto, ¡salvando la distancia! Y sin querer compararme con estos extraordinarios viaje-

ros y científicos, que unieron la pasión por el descubrimiento, una increíble resistencia física y una gran “sed de aventuras”, si estos comentarios incitan a alguien a viajar y conocer tan hermosos paisajes su objetivo estará bien cumplido.

1. LA RUTA DE LOS DINOSAURIOS

El muy buen camino que hoy en día es la Ruta Nacional Nro. 22 corre en los últimos 100 km antes de llegar a Neuquén capital junto a plantaciones de manzanos y perales. Desde Villa Regina se suceden a lo largo del Río Negro, pueblos y ciudades que cobraron vida con la inmigración italiana, puntera en el avance agricultor y frutícola. Las nueve ciudades desde Regina a Cipolletti², agrupan a gran parte de la población rionegrina y su economía más pujante. Sumadas a las tres poblaciones neuquinas más cercanas (Neuquén, Centenario y Plottier) reúnen casi el 40% de la población patagónica.

Sin embargo, la visión desde la ruta es la de un ambiente rural y solitario; largas hileras de álamos, sauces criollos o cipreses enhiestos protegen los frutales y sólo cruzamos uno que otro trabajador agrícola, montado en su bicicleta o caminando lentamente por la banquina. Cada tanto, a la vera de la ruta aparecen las poblaciones y esporádicamente un grupo de jóvenes que -suponemos- se dirigen a alguno de los muchos balnearios que el río esconde tras las altas alamedas.

Una que otra liebre, cruzando los campos, y más que nada rapaces (caranchos, chimangos, jotes) son la primera observación de fauna que hago en esta mañana de verano.

Faltando 40 kilómetros para Neuquén el tránsito comienza a hacerse más denso, con gran cantidad de camiones brasileños. De todas maneras, hemos sorteado afortunadamente el viaje sin sufrir los cortes o “piquetes” que varios movimientos de desocupados vienen realizando sobre los caminos de Capital Federal e interior del país. Estos cortes atrasan sensiblemente el tránsito cuando se producen, y dejan la sensación de que se trata de una lucha de “pobres contra pobres”.

² Se suman General Godoy, Ingeniero Huergo, Mainqué, Cervantes, General Roca, Allén, y General Fernández Oro.

Desentumecemos nuestras piernas y preparamos nuestros bolsos. Sólo el cruce del Río Neuquén, sobre un angosto puente de hormigón, separa la ciudad homónima de la de Cipoletti en Río Negro. Lo cruzamos y pocos minutos después estamos en la Terminal de Ómnibus, realmente muy moderna y cómoda, aunque algo alejada del centro. Luego de desayunar, salimos de la Terminal, con la mañana ya algo avanzada pero aún promisoría; sobre una rama gorjea un zorzal patagónico³, con su figura y canto similares al habitual zorzal colorado⁴ del centro y nordeste del país, de abdomen color ladrillo y que suele comenzar su canto mucho antes de que salga el sol en los meses de verano. El patagónico es más oscuro en su cabeza y cola, y sin la tonalidad rojiza en el pecho, pero es una figura conocida al fin, y la primer ave que me saluda en la provincia de Neuquén.

Ya alojadas, salimos a recorrer la ciudad. Los ríos Neuquén y Limay se unen para formar el Negro en un punto llamado Confluencia; al este del mismo está Cipoletti, y al Oeste, Neuquén. Mientras que el Limay, al sur de la ciudad, tiene abundantes meandros y sinuosidades, separándose en brazos y formando islotes bajos, el Neuquén corre en forma más definida hacia el sureste, es más angosto y menos caudaloso. El Mirador del Balcón del Valle nos permite ver sus aguas que a la luz de la mañana parecen de color plata y unas bardas rojizas se extienden en dirección oeste – este y noroeste – sudeste, limitando la Plaza de las Banderas, un enorme monumento con veintiún mástiles, que recuerdan la sangrienta “Campaña al Desierto”.

Por todos lados veremos alusiones a esta ofensiva militar ocurrida hacia 1880⁵, que en base a su rapidez y sorpresa pudo romper la resistencia indígena liderada por algunos caciques mal armados, causando miles de muertos entre los que fallecieron a causa de los combates, el cautiverio, la persecución y la viruela. Para los sobrevivientes, el destino fue el destierro y la pérdida de su cultura, inclusive

³ *Turdus falcklandii*.

⁴ *Turdus rufiventris*.

⁵ Comenzó en 1879 y duró unos cinco años; la dirigió Julio Argentino Roca, Ministro de Guerra de Nicolás Avellaneda.

caciques “aliados” como Sayhueque fueron posteriormente traicionados y la tierra convertida, finalmente sí, en un “desierto”.

Las bardas y los cañadones que descienden hacia río, bordeados de jarillas y alpacacos, son ya un paisaje típico de la Patagonia extrandina. No es de extrañar que esta región sea decididamente diferente del resto del país, ya que según evidencias geológicas, su desarrollo inicial se dio en forma separada del resto del territorio. Según la Teoría de la Acreción Continental⁶, la Patagonia se encontraba separada del resto del subcontinente Sudamericano⁷, esta microplaca se deslizó hacia el norte para chocar con la porción terrestre más grande y la “costura” entre las dos porciones de tierra, allí donde la masa patagónica impactó contra el resto de lo que hoy es Argentina se reconoce como un arco magmático con rocas volcánicas profundas; la fuerza del impacto fue tal que plegó una llanura de colmada de sedimentos formando la Sierra de la Ventana...

En todo caso, las bardas rojizas, donde ramonean los cuises, son el testimonio de un tiempo en que el hombre aún no dominaba a su antojo a la Naturaleza. Hacia el sur y oeste se extiende la ciudad, con sus largas avenidas y construcciones monumentales, pero hacia el este, en la barranca profunda, con su suelo arcilloso y profusión de cantos rodados, las plantas autóctonas -arbustos espinosos, coirones, neneos- nos permiten imaginar el paisaje antes de la llegada del “huinca”⁸. Algo en estas regiones conquistó la imaginación de viajeros y naturalistas a través del tiempo... ya Darwin, Musters, Moreno, destacaron los rasgos de extrema pobreza y monotonía del paisaje, pero a la vez, quedaron fascinados y profundamente conmovidos por la soledad y rudeza del ambiente. Se diría que sólo los más fuertes, los más ágiles, los que pueden extremar la resistencia al hambre y la sed hasta llegar al hueso sobreviven en esta aridez espinosa. El

⁶ Ramos, 1984.

⁷ El desarrollo geológico totalmente diferente entre Patagonia y el resto del supercontinente Gondwana fue originalmente observado por Keidel, en 1925.

⁸ “huinca”: hombre blanco.

primero dice, en su Autobiografía: “La sensación de sublimidad que excitaron en mí los grandes desiertos de la Patagonia y las montañas cubiertas de bosques de Tierra del Fuego han dejado una impresión indeleble en mi mente”. Tampoco el aspecto etnográfico le fue indiferente: “La vista de un salvaje desnudo en su tierra natal es algo que no se puede olvidar nunca.”

El gratísimo verde se observa solamente a la vera de los ríos, pero como una influencia escasa, como si el agua pasara de largo sin llegar a empapar las orillas. Quizás por eso el Balneario Municipal es nuestra próxima visita. Está colmado de familias, de chicos que se sumergen hasta la cintura para refrescarse en este día agobiante; el termómetro sube a 32 grados y las bebidas no cumplen su objetivo refrescante; después de una breve caminata tenemos la boca pastosa y los ojos y el pelo llenos del polvo del camino.

No hemos podido visitar el Museo de Ciencias Naturales, ya que en enero la actividad universitaria se suspende y eso incluye también a las instituciones dependientes de la Universidad del Comahue; algo defraudadas vamos a pasear por el centro. Damos una vuelta por la zona comercial, la concurrida peatonal y llegamos hasta el Paseo de los Artesanos, cerca de las vías del antiguo ferrocarril General Roca; una zona restaurada y que congrega a muchísima gente en una tarde de vacaciones; aunque nos parece una ciudad agradable, ya deseamos dejarla para internarnos en zonas más rurales y solitarias.

Por la mañana, nos dirigimos al sudoeste, hacia la Villa del Chocón. Son menos de 100 kilómetros por la ruta 22, pero ella nos llevará a un viaje de 90 millones de años hacia el pasado. Tras los primeros y urbanizados 10 kilómetros, aparece junto a la ruta el paisaje del ecotono, donde comienza a producirse la transición entre el monte y la estepa.

Es difícil apartar la vista de la ventanilla, ya que lo que vemos es imponente: la meseta, que pudiera creerse una llanura por su uniforme relieve, muestra todos los tonos de rojizos, marrones, amarillos y verdosos. Las plantas son color oliva y acerado, el cielo azul índigo, con

nubes entre grises y verdosas; cactus grandes como columnas y coirones bajos pero florecidos en amarillo, bandadas de palomas Picazuró, Manchadas y Torcazas⁹ levantan vuelo todas juntas, mientras en el cielo giran en círculos los jotes de cabeza negra y colorada¹⁰.

Aunque seguimos con rumbo sudoeste, dejamos la ruta 22 (que tuerce su dirección hacia el oeste para llegar a Zapala, un camino que volveremos a tomar pronto) y tomamos la R.N 237. Este trayecto es muy conocido por quienes acceden desde la zona de la Confluencia neuquina a Bariloche y poblaciones cercanas, como Villa La Angostura y Villa Traful. A nuestra izquierda y en dirección contraria corre el río Limay, aunque no podemos verlo desde la Ruta, si bien pronto aparecerá el gigantesco embalse, uno de los tres principales que aprovechan su energía en el límite entre Neuquén y Río Negro¹¹.

La cercanía de la central hidroeléctrica se ve precedida de un enorme número de torres de alta tensión, que contrastan con la soledad del paisaje. Parecen fuera de lugar, como transplantadas de otro planeta. La flora es de gramíneas amarillentas y arbustos, con una cobertura vegetal de un 50%. Alcanzamos a ver poca fauna, dos choiques¹² lejanos y algunas rapaces que no temen posarse sobre las torres más cercanas al camino; el fétido olor de un zorrino no deja lugar a dudas de que el género se encuentra presente, aunque quedará la duda de la especie... en Neuquén pueden encontrarse dos de ellas, el zorrino común¹³, cuya piel fue utilizada en el pasado con fines peleteros y que frecuentemente se ve atropellado en las rutas del centro y norte del país, y el patagónico¹⁴, de líneas blancas que se unen en la cabeza y pelos más largos y suaves. Recordamos que este animalito, que resultaría simpático por la combinación de sus colores y su curiosa forma de

⁹ *Columba picazuro*, *Columba maculosa*, *Zenaida auriculata*.

¹⁰ *Coragyps atratus* y *Cathartes aura*.

¹¹ El Embalse Exequiel Ramos Mejía; los otros dos son Piedra del Aguila y Alicurá.

¹² *Pterocnemia (Rhea) pennata*, similar a un ñandú pero de menor tamaño.

¹³ *Conepatus chinga*.

¹⁴ *Conepatus humboldtii*.

andar (meneando el cuarto posterior del cuerpo) era considerado “odioso” por el gran naturalista y ornitólogo Guillermo Enrique Hudson, que afirma: “comparado con su olor, el ajo picado parece un perfume de lavanda”. ¡Supongo que llegó a formarse esa opinión por alguna experiencia nada agradable!

Hemos llegado a la panorámica del Embalse, que a nuestra izquierda se extiende como un mar abarcando toda nuestra vista, y no es para menos, ya que el lago artificial tiene 816 km², ¡cuatro veces la extensión de la Capital Federal! El lago tiene una forma alargada en el sentido noreste – sudoeste, con un ancho medio de 22 km y 60 km de largo.

Más tarde iremos a conocerlo, ya que por su construcción se originó el pueblo de El Chocón, en un principio llamado “Villa Temporal”. Aunque la represa cumple actualmente un papel importantísimo como generadora de energía eléctrica, su función primera y por la que se planificó desde 1946, era contener las crecidas e inundaciones del Limay, que con su gran variabilidad se potenciaban con las subidas del Neuquén causando un máximo en la Confluencia, provocando terribles pérdidas de vidas y materiales.

Luego de los primeros movimientos de tierra, se construyó la “Villa Permanente” donde vivieron durante 5 años unos 3.000 obreros. La presa, increíblemente, está formada por los materiales granulados de la zona, y no por concreto. El muro de contención del lado expuesto a la corriente es de rocas basálticas muy duras, ya que el oleaje durante la época de mayor crecida puede ser terrible.

Observamos el gigantesco vertedero, que en caso de crecida excepcional se abre para evitar el colapso de la presa, las turbinas en cambio son cuatro y se encargan de abastecer al Sistema Interconectado Nacional y a la zona del Comahue.

El tiempo está terriblemente ventoso y fresco, al descampado es difícil hasta hablar y escuchar al otro, y al reparo de los muros, la sombra hace sentir un frío cruel. Rodeando la presa, el paisaje es hostil y desnudo, con areniscas rojas y algunos escuálidos coirones. No pa-

rece que esa gran masa de agua acumulada interactúe de ninguna manera con el clima local, o su flora y fauna.

Chocón significa en idioma mapuche “hombre aterido de frío”, excelente descripción, por lo menos de lo que sentimos en este momento al exponernos al viento helado y persistente.

Muy distinto era el panorama hace 100 millones de años: el suelo era más fértil y el clima caluroso y húmedo, similar a las sabanas africanas, pero con grandes árboles. Las lluvias intensas acarreaban gruesas capas de sedimentos, sepultando animales y plantas. Estas aluviones permitieron la conservación de una rica diversidad de fósiles, que con el tiempo y la acción erosiva del viento quedaron al descubierto.

Volvemos a la Villa El Chocón, para conocer el MEB (Museo Paleontológico Ernesto Bachmann) Apenas cuenta con una docena de años¹⁵ pero sus exposiciones están entre las más espectaculares del mundo. Aunque el hallazgo de fósiles era bastante habitual en la zona, incluso con la construcción de la represa, fue el de un enorme carnívoro (*Giganotosaurus carolinii*) el que dio origen al Museo. Los pobladores locales y su descubridor¹⁶ no querían que los restos fueran a parar a una institución ajena a la zona, como los museos Rivadavia y de la Plata, y a su vez, vieron la veta de una atracción turística que pudiera dar fama al pueblo y generar ingresos a los habitantes.

El Museo nos atrapa, es moderno y a la vez sencillo, con una gran cantidad de fósiles y tesoros de otros tipos (minerales, calcos, restos culturales indígenas, pertenencias del antiguo dueño de las tierras, señor Manuel Bustingorry). Lo recorreremos durante un par de horas.

Dejamos ex profeso al *Giganotosaurus* para el final: es la estrella de la exposición y tan sólo su cráneo mide 1,80 metros. Se calcula que tenía más de 13 metros de largo y pesaba unos 9.500 kilos.

¹⁵ Se ordenó su creación en 1995, pero el edificio fue inaugurado el 19 de julio de 1997 y lleva su actual nombre desde 1999 en honor a un naturalista autodidacta local.

¹⁶ El señor Rubén Carolini, paleontólogo aficionado y actual director del Museo.

Pero no es este el único fósil interesante de la región, otras dos exclusividades fueron encontradas por pobladores de la localidad, los señores Delgado y Tessone, y bautizados en su honor, *Andesaurus delgadoi* y *Rebachisaurus tessonei*, ambos herbívoros de gran talla y cabeza pequeña.

La gran evolución de los dinosaurios, en la era Mesozoica, ocurrió cuando las tierras aún se hallaban unidas y comenzaban a fragmentarse en dos grandes bloques: Laurasia y Gondwana¹⁷. La división influyó en el desarrollo separado de sus faunas y floras, de ahí que muchas especies primitivas (Triásico) son cosmopolitas, mientras que las más recientes (Jurásico y Cretácico) son propias de uno u otro hemisferio. Este hecho, totalmente comprobado, sirvió a los primeros geólogos en adherir a la Teoría de la Deriva Continental, del alemán Alfred Wegener, para sustentar sus estudios; ya que si las faunas y floras fósiles de ciertos estratos de Sudáfrica y Brasil, por ejemplo, son coincidentes, eso implica que evolucionaron juntas y posteriormente ambos terrenos se separaron al abrirse el Océano Atlántico. En efecto, muchas familias de dinosaurios encontradas en Argentina fueron halladas también en India, Australia, Africa y Antártida, y otros géneros, como el del *Tiranosaurius rex* sólo en América del Norte y este de Asia.

Se sabe también que a finales del Cretácico se abrió un puente temporal entre América del Norte y América del Sur que permitió un intercambio de dinosaurios (y también de otros reptiles, aves primitivas y mamíferos)

Los primeros dinosaurios surgieron en el Triásico, 200 millones de años atrás. Eran ágiles y pequeños, y evolucionaron con rapidez. También en este periodo surgen los pterosaurios (reptiles voladores) y los pequeños mamíferos que tendrán que esperar millones de años su turno para dominar el planeta. *Eoraptor*, el más antiguo encontrado

¹⁷ Pangea se empezó a quebrar hace 160 millones de años; Laurasia comprendía a Norteamérica, Europa y Asia (sin la India); Gondwana a Sudamérica, Africa, Australia, Antártica y la península Indica; el puente de América Central no se había formado aún.

hasta ahora, y *Herrerasaurus* son propios de esta etapa¹⁸.

Durante el Jurásico, que comenzó hace 180 millones de años, los dinosaurios se diversificaron y ocuparon todos los nichos terrestres. Se sabe de manadas gigantescas de herbívoros, y de una gran variedad de predadores y carroñeros que se alimentaban de ellos. Los pterosaurios dominaban el aire, y en el mar los feroces pliosaurios se alimentaban de peces y reptiles más pequeños. *Piatnitzkysaurus floresi* y *Patagosaurus fariasi* de Chubut, fueron un carnívoro y un gran herbívoro respectivamente de esa época.

El Cretácico (120 millones de años antes del presente) vio surgir formas monstruosamente grandes y pesadas tanto en herbívoros como en predadores. Aunque al principio sólo existían coníferas y ginkos, con el correr de este periodo aparecen las plantas con flores. *Tiranosaurius* e *Iguanodon* en el hemisferio norte, y *Argentinosaurius* y *Giganotosaurius* del Hemisferio Sur (ambos hallados en Neuquén) son buenos exponentes de esta etapa¹⁹.

Hace pocos años, Fernando Novas, paleontólogo del Museo Argentino Bernardino Rivadavia y ex jardinero, postuló en la conocida revista científica "Nature" haber encontrado el "eslabón perdido" entre reptiles y aves. Aunque la hipótesis de que el origen de las aves se encuentra en algún tipo de dinosaurio no es nueva ni de su autoría²⁰ se le debe el estudio del *Unenlagia comahuensis*, encontrado en 1996 cerca de Plaza Huincul (acoto, allí estaremos muy pronto) Este reptil de modestas proporciones (1,20 mts de alto y no más de 2,30 mts de largo) tenía un pico, parecido al archiconocido y posterior *Archaeopteryx* de las pizarras de Solnhofen, Alemania. *Archaeopteryx* es un ave con caracteres reptilianos, y *Unenlagia*... un reptil con caracteres de ave. Probablemente tenía dientes, aunque éstos no se encuentran entre los 22 huesos hallados. Las pequeñas alas no serían para volar (tampoco a *Archaeopteryx*) pero posiblemente

¹⁸ Ambos encontrados en la Provincia de San Juan, Triásico Superior.

¹⁹ La mayoría de los hallazgos patagónicos son cretácicos.

²⁰ Roy Chapman, 1923.

incrementaban su velocidad, le permitían mantener el equilibrio del cuerpo y realizar movimientos intimidatorios y defensivos. Los huesos, la forma de la cadera y la estructura del cráneo remiten a una forma intermedia entre dinosaurios del tipo del Velociraptor y un ave corredora capaz de dar largas zancadas.

Hasta su nombre, acertadamente, sugiere las semejanzas entre ambos grupos de vertebrados y proviene del mapuche: ñüen, quiere decir “mitad”, “lag”: pájaro y Comahue es la zona noroeste de la Patagonia donde ahora estamos.

En realidad en la Patagonia se han hecho los más fantásticos hallazgos del país y de Sudamérica; sólo Brasil presenta fósiles de cierta importancia (aunque menores) en este tipo de reptiles. De los 28 dinosaurios más importantes encontrados en Argentina, 19 son patagónicos (uno de ellos, Ankylosaurio, es también antártico). Los otros 9 se hallan repartidos entre San Juan, San Luis, La Rioja, Catamarca y Salta.

Por la gran cantidad de restos y la muy buena preservación de sus localidades fosilíferas, Neuquén es el “paraíso de los dinos”. Lugares tales como Rincón de los Sauces, Los Barreales o Plaza Huincul dieron y siguen dando inagotables muestras de sus tesoros.

Muy recientemente²¹, Fernando Novas encontró una nueva especie, el Austroraptor cabazai, que probablemente fue uno de los mayores raptores del mundo. Emparentado con Unenlagia y Neuquenraptor, vivió en Río Negro hace unos 70 millones de años.

En total, Neuquén tiene unos 30 sitios paleontológicos que no sólo han dado dinosaurios sino también cocodrilos, tortugas, peces y pequeños mamíferos.

Antes del surgimiento de la Cordillera de los Andes (que “solamente” tiene unos “jóvenes” 65 millones de años), el mar ingresó varias veces desde el Pacífico a la Cuenca Neuquina. Más tarde, arroyos y praderas, bosques y lagunas poco profundas se fueron sucediendo en la región. Por último, los movimientos precursores de la orogenia andina

²¹ Se encontró en 2002 en el Bajo de Santa Rosa en Río Negro, pero fue presentado en diciembre de 2008.

cortaron el paso del aire húmedo oceánico y condenaron a la meseta a una eterna aridez.

En grandes rasgos se puede decir el clima fue tropical o subtropical húmedo durante la mayor parte del Mesozoico, y el factor que mayores cambios generó en el ambiente fue la ingresión o regresión de los mares (también cálidos). Excepción a la regla fue el desarrollo de un periodo desértico documentado en Brasil, y que en Patagonia habría generado las areniscas rojizas del Jurásico que se hallan expuestas en el centro norte de Santa Cruz ²².

Al comienzo del Mesozoico, en el periodo Triásico Superior, el Atlántico no se había abierto aún, y la Patagonia sólo limitaba con el Océano Pacífico.

Unos 20 millones de años después, en el Jurásico Inferior, el mar ingresó a la altura de Neuquén y hasta el sur de Chubut. Grandes fenómenos volcánicos quedaron registrados en los sedimentos; las aguas marinas ocuparon el engolfamiento neuquino por más de 30 millones de años. Luego las aguas se retiran y vuelven a entrar, la acción volcánica continúa; grandes bosques de coníferas crecen y son sepultadas por sedimentos continentales y marinos.

En el Cretácico, el norte de Patagonia está elevado, no así Santa Cruz y Tierra del Fuego, que se hallan bajo el nivel del mar. Comienza la apertura del Océano Atlántico, probablemente mucho más al este que la posición actual. Los dinosaurios dominan la tierra, pero pronto el mar vuelve a ingresar cortando la Patagonia en dos a la altura de Neuquén y de una a otra costa.

Hace 65 millones de años los Andes comienzan a elevarse y los dinosaurios se extinguen misteriosa y completamente.

El desarrollo de toda esta evolución es lo que observamos en el Museo Ernesto Bachmann, 165 millones de años de un plumazo. El próximo paso es dirigirnos a orillas del Embalse, donde se preservan las huellas de los grandes dinosaurios llamados Iguanodóntidos. Sin embargo, el agua de la represa está muy alta e inunda el sendero de

²² Volkheimer, 1972; Leonardo, 1980.

rastros; de nada sirve que subamos a la moderna pasarela que permite al turista contemplar las huellas tridáctilas con comodidad y sin dañar los restos; están inundadas y sólo podemos leer los carteles y sacar un par de fotos mientras temblamos de frío.

Nos hablan de un lugar donde pueden verse los estratos fosilíferos como una historia viva, el Museo de Sitio Cañadón Escondido. Por el fondo de esta depresión debe correr mucha agua cuando se producen fuertes lluvias, pero ahora está completamente seco. Bajamos la pronunciada pendiente de unos 80 metros hasta el cauce del río, se nota por su tamaño que en otra época la corriente era permanente y caudalosa. El paisaje es similar al de otras zonas actualmente semiáridas pero que en un pasado remoto llevaron importantes cantidades de agua: el Cañón del Atuel, Las Quijadas, la Quebrada de las Conchas entre Cafayate y el Valle de Lerma.

El fondo del cañadón es liso y suave, sólo en algunos puntos emergen grandes rocas más duras, algunas formando pequeños piletones donde queda retenida el agua. Supongo que allí se congrega la fauna a la mañana y el atardecer, cuando el sol no es tan impiadoso como ahora, que cae vertical sobre nuestras cabezas. No corre una brisa, las altas barrancas lo impiden. La temperatura debe ser de unos 30 grados. ¡Qué cambio enorme se produce en un par de kilómetros! Junto a las huellas anegadas a orillas del Embalse, debía hacer unos 10 grados y un viento cruel, aquí el calor es agobiante y hasta parece que faltara el aire para respirar! Sobre nuestras cabezas y sólo visibles cada tanto en el estrecho trozo de cielo entre las altas barrancas, sobrevuelan jotes, un gavilán ceniciento y un halcón peregrino. Entre las matas de jarillas, coirones y alfilerillos, visibles pero silenciosas, se esconden torcazas, tordos renegridos y músicos, cabecitas negras, ratonas y calandrias moras. Con sus trinos delatores se pierden entre las grietas de la barranca golondrinas barranqueras y pardas.

Recorremos la zona durante unas tres horas. Hay partes en que hay que trepar entre las piedras, y otras donde se observan las ondas fósiles, lugares antiguamente barrocos donde el movimiento del agua

quedó perpetuado para siempre. También hay huellas tridáctilas de dinosaurios, en el suelo y en la parte superior de un alero (caprichos de la naturaleza, o habría que pensar que este dino era un excelente acróbata...) Hay que tener cuidado de no pisar las plantas, cuyas espinas traspasarían cómodamente cualquier calzado.

Al fin, sedientas, porque no hemos traído agua, decidimos volver a la Villa; en el camino buscamos rastros de fauna, pero sólo vemos una desdichada falsa coral aplastada por un auto. A unos 300 metros de la Oficina de Informes (gente muy preparada y con ganas de ayudar al turista), un cartel nos llama la atención: Museo de Sitio “La Antena”. En efecto, está bajo la antena de radio y televisión del pueblo. Allí nos cuentan que se han encontrado restos que pertenecían a un gran herbívoro, tortugas y otros indeterminados.

A la mañana siguiente nos dirigimos hacia el noroeste por la Ruta provincial número 7, unos 100 kilómetros desde la capital siguiendo el recorrido del río Neuquén. Más alejados de la ruta y a nuestra izquierda sabemos que se encuentran dos grandes lagos artificiales, el Mari-Menuco y el Barreales o “Barriales” (sí, con “i”...), todo el camino podemos observar bombas extractoras de petróleo, habitualmente llamadas “cigüeñas”. La actividad más dinámica de la zona es la extracción de gas en el Yacimiento Loma de la Lata, cuya producción se transporta por gasoductos a Río Negro y Bahía Blanca. Algunos álamos junto al camino de tierra señalan los galpones y construcciones de la empresa.

El Mari-Menuco tiene una intensa actividad turística en verano, a expensas de los habitantes de la capital provincial, atraídos quizá por su intensa forestación y la pesca de truchas y pejerreyes; en él se halla la Central Hidroeléctrica de Planicie Banderita.

En Añelo nos proveemos de agua y comida y tomamos el camino hacia el Lago Barreales, nacido del embalsamiento del Neuquén en la Central Hidroeléctrica Cerros Colorados.

Las bardas rojizas nos tapan la visión, pero de pronto aparece la panorámica del lago. Como está nublado de un homogéneo gris topo,

el agua parece una continuidad del cielo, pero un cielo bordeado de pequeñas espinas, hojas reducidas y copas achaparradas.

Después de algunos desvíos llegamos a una señalización que nos indica la entrada al Centro Paleontológico Los Barreales, dependiente de la Universidad del Comahue. Las tierras donde se encuentra pertenecen a la comunidad mapuche Paynemil, que autorizó la actividad científica. En el 2000 se realizaron los primeros descubrimientos en el área, y dos años después se estableció el campamento permanente (Proyecto Dino) donde se extraen, limpian, acondicionan, estudian y exhiben los fósiles; pudimos apreciar el gran valor didáctico y educativo que tiene el lugar, donde se pueden ver huesos en distintos estadios de desenterramiento y preparación. Muchos de ellos están en proceso de excavar a su alrededor para liberarlos de la tierra y roca que los rodean, otros, ya tienen formado el “bochón”, una capa de papel, trapos y yeso con el que se contiene y da rigidez al descubrimiento para terminar de remover el sustrato y que no se dañe en el proceso.

Subimos por un pequeño cerro hasta la gran carpa-galpón donde tratamos con una guía que nos mostrará el lugar. El sitio está bien organizado para el visitante, con un sendero por donde se pueden ir observando, a uno y otro lado, los principales descubrimientos. Los hallazgos más importantes de la zona son un enorme herbívoro del grupo de los titanosaurios, el *Futalognkosaurus dukei*, de 36 metros de largo y 80 toneladas de peso, el dinosaurio gigante más completo del mundo, ya que se encontró un 70% del esqueleto; la mano articulada de 70 cm de un *Megaraptor*, carnicero de 8 metros de largo y uno de los depredadores más sangrientos del Cretácico; restos de *Unenlagia paynemili*, pariente de *Unenlagia comahuensis* estudiado por Novas y también nexos entre aves y reptiles. En yacimientos un poco más retirados se encontraron ornitópodos (dinosaurios herbívoros pequeños), pterosaurios (reptiles voladores) como *Azdarchidae*, el más grande hallado en Sudamérica; cocodrilos, tortugas, peces, troncos y plantas fósiles, etc.

Regresamos a la carpa-galpón y recorreremos la muestra de lo extraído, más diversos calcos y dibujos; Barreales nos asombra por lo rico de su fauna y sobre todo su diversidad y cantidad, todo un panorama completo de la Patagonia hace 90 millones de años.

En su libro “Dinosaurios de la Patagonia”²³ Rodolfo Coria relata cómo, tras el descubrimiento de un gran dinosaurio por un equipo liderado por el paleontólogo José Bonaparte, las autoridades municipales de Plaza Huincul, una modesta ciudad en el centro-este neuquino, pidieron a los científicos que los huesos quedaran en el museo local. Los pobladores estaban muy excitados por la excavación, y no querían que “su” dinosaurio fuera a parar a las colecciones de la Capital Federal o La Plata. El doctor Bonaparte les explicó que los materiales debían ser preparados y estudiados por personas idóneas, que el pequeño museo Carmen Funes no tenía. Ante su sorpresa, las autoridades dijeron que si para conservar el hallazgo había que contratar un paleontólogo... lo harían. El relato de cómo llegó Coria a ser “ese” paleontólogo y el dinosaurio descubierto, el *Argentinosaurus huinculensis*, el más grande del mundo, pueden encontrarlo en el citado libro, que además contiene relatos amenos e información interesante sobre “quién es quién” en el “mundo Dino”.

Tuve el gusto de escuchar una conferencia sobre dinosaurios patagónicos de Coria en un Encuentro para Docentes de Ciencias Naturales; me pareció uno de esos científicos apasionados que le dedican la vida a su trabajo, sin buscar réditos económicos, y a la vez son buenos divulgadores sin mostrarse pedantes ni soberbios por sus conocimientos... Le pedí que autografiara mi ejemplar de su libro, y a partir de allí empecé a planear este viaje por la Ruta de los Dinosaurios de Neuquén.

Y aquí estamos, salvando los 110 km que separan Neuquén de Plaza Huincul; al costado de la Ruta Nacional 22 aparecen nuevamente las “cigueñas” petroleras. En esta ciudad es donde por primera vez se descubrió petróleo en la provincia, en 1918, generando toda una

²³ Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

movilización en la zona, al estilo de la “Conquista del Oeste” o la “Fiebre del Oro”. Hoy en día, sólo tiene la mitad de los habitantes que su vecina Cutral-Có, a unos 3 km.

Carmen Funes, una “cuartelera” casada con un militar, era conocida en la zona por su hospitalidad y buen trato con los viajeros, acogida nada común en esas épocas en que los bandidos y el incómodo transporte no propiciaban ningún tipo de “turismo”. La gente viajaba sólo si era necesario y hasta indispensable, pero sabían que en el camino “La Pasto Verde”, como le decían a la buena mujer, no les negaría agua a los caballos ni un mate con tortas fritas a los viajeros. En 1888, en un pozo de agua de sus campos, se detectó el “gusto a querosén” indicio seguro del contenido en hidrocarburos del subsuelo.

Y Carmen Funes se llama el Museo del pueblo, remodelado íntegramente y ampliado con un gran galpón para contener al monumental *Argentinosaurio*, que pesaba 100 toneladas y medía 40 metros de largo y 10 de altura. ¡Menuda construcción para albergar a este animal que devoraba hojas y ramas enteras, y con una cabeza muy pequeña en proporción al cuerpo macizo y las patas como columnas! El vertebrado más grande necesitaba tragar grandes piedras que ayudaran a su estómago con la digestión. Si no se hubieran encontrado restos de troncos petrificados e improntas de una flora exuberante, con el sólo hallazgo de este “megavegetariano” bastaría para probar que en Plaza Huincul hace 95 millones de años sobraba bosque y faltaba estepa.

¿Qué pasaba cuando el carnívoro más grande del mundo (*Giganotosaurius carolinii*) se encontraba con el herbívoro más enorme que jamás haya existido (*Argentinosaurius huinculensis*)? Nada, porque compartieron el mismo espacio pero no el mismo tiempo; se supone que vivieron en alguna época entre 90 y 100 millones de años atrás, pero no en forma simultánea. Y aunque su impresionante tamaño debía ser un problema para cualquier depredador, seguro que las crías eran un buen bocado para los carnívoros de la época. (¿Pueden imaginarse al bebé *Argentinosaurio*?!)

El recorrido completo del museo nos lleva un par de horas, luego visitamos otros puntos de interés del pueblo e, indefectiblemente un buen almuerzo completa una mañana muy productiva.

La gente que ama viajar y recorrer diferentes lugares en ese tiempo adorable que llamamos “vacaciones” (sean éstas de un par de días o un par de meses), y me estoy refiriendo a los viajeros nómades, no a los que prefieren acostarse todo el día de cara al sol, o vivir la noche de los boliches y casinos, sabe que debe levantarse temprano, a veces antes de que amanezca, para no perder las mejores horas del día. Son esas horas de la mañana cuando los dormilones ni sueñan todavía en levantarse las que tienen los colores más brillantes, las aves más activas, la frescura del rocío que se puede “oler” en las flores. El que se levanta tarde se pierde de ver abiertas las flores de los cardones, el canto de los zorzales, el cielo que apenas empieza a clarear y que nunca –¡nunca!- es celeste sino gris, naranja, amarillo, rosa, violeta y un largo etcétera. Tampoco es aconsejable perderse los atardeceres y las noches al aire libre, en el campo, cuando pueden escucharse a los murciélagos que chillan al volar cerca de alguna luz, pero tan veloces que nunca se ven claramente, o el canto de alguna lechuza, o un mamífero esquivo. Si pienso todas las cosas que me hubiera perdido de no levantarme temprano y acostarme tarde (las vizcachas en el Parque Nacional El Palmar, el atajacaminos coludo en Moconá, un agutí en Calilegua y decenas de ejemplos más) me alegro de dejar el remoloneo de las diez de la mañana para cuando estoy en casa. . .

A la tarde, seguimos durante 80 km la RN 22 hasta Zapala. Es la ciudad enlace hacia el oeste neuquino: hacia el norte conecta con las tierras termales y el imponente Volcán Tromen, al oeste con el Parque de Nieve Primeros Pinos, en el dominio del pehuén y al cruce a Chile por Pino Hachado; al sur con los lagos cordilleranos, desde el Huechulafquen al Nahuel Huapí.

Un “karma museológico” nos persigue: el Museo Olsacher de Ciencias Naturales, donde esperábamos ver la colección mineralógica, está cerrado por refacciones. La ciudad de Zapala es limpia y cuida-

da, pero con pocos atractivos; visitamos una pequeña muestra de arte y fotografías de los primeros pobladores, pero aún está toda la tarde por delante. Entonces viajamos 32 km al sudoeste por la mítica RN 40 empalmando con la Provincial 46, hacia el Parque Nacional Laguna Blanca. Aunque se creó hace más de 60 años para preservar sus aves acuáticas, hace unos pocos²⁴ fue reconocida en forma internacional como “Sitio Ramsar”, es decir, como ambiente de humedal de conservación prioritaria para algunas aves, por ejemplo, como zona de nidificación del Cisne de cuello negro y de otras acuáticas.

Primero nos dirigimos al moderno Centro de Visitantes, en la margen sur de la Laguna, donde nos atiende el Guardaparques. Muy amable, nos cuenta sobre la historia de la zona y enterado de mi interés por las aves, me indica un mirador donde pueden verse más especies. Lamentablemente no es la laguna principal (la que lleva el nombre del Parque) donde se ven más aves, sino en otras, más alejadas y a las que se llega en un largo trekking o con vehículos especiales. Según parece en la Laguna mayor aumentó dramáticamente el número de peces carnívoros y exóticos que, como siempre que el hombre “mete mano”, causaron un desastre en el ecosistema. Estos peces voraces terminan depredando a las crías de los patos, gallaretas y cisnes, y causando que las aves busquen otras zonas para reproducirse.

Se dice que el nombre de Laguna Blanca proviene de la gran cantidad de cisnes que se reunían en la época de cría, y que desde lejos le daban el aspecto de una capa algodonosa sobre el agua; hoy en día no queda casi nada de eso.

Igualmente pude ver varias especies (Macás común y grande, flamenco austral, coscoroba, cisne de cuello negro, seis especies de patos, dos de cauquenes, tres de gallaretas²⁵) en la zona indicada por el Guardaparques, si bien bastante lejos, en la orilla contraria de la Laguna. Otras quedaron sin identificar y engrosarán la lista de los “vistos y perdidos”, como llamaba Guillermo E. Hudson a esas aves que se “perciben” sólo un instante tras una rama o volando y que nos

²⁴ Parque Nacional en 1945, Sitio Ramsar en 1991.

dejan la duda ingrata: “¿Qué habrá sido eso?” En la vida de quien mira aves, o mamíferos, o mariposas, o cualquier cosa que se mueva la lista de los “vistos y perdidos” suma por lo menos unas decenas. No es ese el problema del que mira plantas ni rocas, y acá hay abundancia de ambas cosas.

El paisaje tiene algunos cerros bajos y bardas oscuras y abruptas. Un gran esquema del relieve en el balcón-terraza del Centro de Visitantes nos indica el nombre de los cerros cercanos y de aspecto volcánico: el Laguna de 1459 m.s.n.m. y Mellizo Sur de 1721 m.s.n.m. La Barda Negra, al Noreste de la laguna, corresponde al frente de una amplia meseta basáltica. La Laguna Blanca posee unas 1700 has. de superficie y unos 30 km. de costas; es alimentada por dos arroyos de caudal temporario: el Pichi Traful y el Llano Blanco.

La Laguna, azul mucho más que blanca, tiene esta tarde un fuerte oleaje causado por el viento. Las olas con puntas de espuma rompen en el pedregullo fino de la orilla. El viento intratable sopla desde el lado de la precordillera, y se filtra en nuestra escasa vestimenta. Una vez más la transición abrupta entre frío-calor, calma chicha y ventarrón nos sorprende en la meseta; ya deberíamos estar acostumbradas, pero no... el viento nos revuelve el pelo y nos llena de arena los ojos. Tratamos de refugiarnos en el área de acampe, una zona agreste que difiere de todas las otras en que tiene como reparo una pirca de piedra...

Un hermoso cartel de la Administración de Parques Nacionales, con el logo del Cisne de cuello negro volando, muestra las condiciones del acampe: uso del fuego, prohibición de extraer leña del lugar, retiro de la basura generada y pesca sólo en época invernal, pero en vano, ya que muy valiente debería ser alguien para acampar aquí entre las puntudas rocas y el poco abrigo de las piedras. Nos cuenta el

²⁵ *Rollandia rolland*, *Podycephorus major*, *Phoenicopterus chilensis*, *Coscoroba coscoroba*, *Cygnus melanocorypha*, *Lophonetta specularioides*, *Anas sibilatrix*, *A. georgica*, *A. versicolor*, *Tachyeres patachonicus*, *Oxyura vittata*, *Chloephaga poliocephala*, *C. picta*, *Fullica armillata*, *F. leucoptera*, *F. rufifrons*, respectivamente.

Guardaparques que por la cercanía de Zapala (un poco más de 30 km.) son sus pobladores los que vienen a pescar en temporada, pero únicamente se quedan por el día.

El área de acampe se llama “El Chimango”, y así debe ser porque minutos después vemos a dos de ellos volar con su planeo desgarbado mientras el sol que se va ocultando hace notar el marrón claro de las puntas de sus alas.

Los coirones²⁶ están todos florecidos; los pétalos son amarillos como los de algunas margaritas, pero la mata espinosa de abajo no invita a deshojar ninguno de ellos... nunca vi tantas especies de coirón como en este lugar, también neneos y molles. No es aconsejable caminar sin mirar el suelo: a punto de pisarla me detengo y evito la tragedia; una cactácea, erizada de púas, cuyo nombre no conozco pero en La Pampa llaman “la traicionera”²⁷ casi me traspasa el calzado de por sí vapuleado por las piedras agudas. Tiene preciosas flores blancas, del tamaño de una uña, cada una protegida por una espina de 5 cm.

Regresamos a Zapala sin quitar los ojos de los bordes de camino. Quizás no hubiera sido tan malo pernoctar junto a la pirca en Laguna Blanca.

²⁶ Son gramíneas perennes de varios géneros distintos: *Stipa*, *Festuca* y *Poa* son los más representativos.

²⁷ Ya tuve el “gusto” de conocerla en el Parque Nacional Lihué Calel: a punto de caerme en una trepada me agarré de lo primero que tuve a mano... que era justo “la traicionera”.

2. FUEGO Y NIEVE

Esta noche esperamos en la Terminal de Zapala un micro que nos lleve al oeste de volcanes y energía termal. El ómnibus no llega más y la noche se hace larga mientras miramos a un vagabundo y un par de perros que se acomodan para dormir sobre los bancos de madera de la Sala de Espera. Por fin, me acerco a la ventanilla a preguntar el motivo de la demora; debo salir corriendo a alertar a Andrea ya que el micro, demasiado alto para ingresar a la anacrónica Terminal, se encuentra afuera y ya está arrancando. Por suerte, alcanzamos a gritarle mientras cierra la puerta, para alegría nuestra y fastidio de los pasajeros, que dormían plácidamente.

Es increíble como una cosa así puede ponernos de tan buen humor... si hubiéramos tomado el bus en la forma habitual, sin sobresaltos, hubiera sido un momento más del viaje. Pero ahora estamos convencidas de que la buena suerte nos sonrío, a un segundo de perder el micro luego de varias horas de aburrimiento, nos reímos con ganas, seguras de que este viaje sólo puede ser perfecto.

La noche se traga el camino que va subiendo de a poco hacia los Andes; directamente al norte y luego al oeste, es como el lomo de una gran serpiente extendida y en la mañana llegaremos a su cabeza irregular, el Volcán Copahue. Por la ventanilla, dos veces, veo pueblos iluminados. Las Lajas, Loncopué. En algunos cruces paramos para que suba o baje en silencio un rostro moreno, una mirada que tiene siglos de opresión.

Las bardas que bordean la Ruta Provincial nro. 26 están erosionadas y parecen a veces castillos, a veces dientes o animales fantásticos. A nuestra derecha el Río Agrio corre encajonado; en una de sus vueltas nos deja ver los primeros pehuenes²⁸ y luego algunas casitas aisladas anuncian la llegada a Caviahue.

Estamos a 350 km de Neuquén capital, en una pequeña villa de montaña, situada a 1600 metros sobre el nivel del mar. Esa altura se hace

²⁸ Araucaria araucana.

sentir en el viento frío y una persistente llovizna que casi parece agua-nieve. Las casas están al pie del enorme lago y a su alrededor se ven montañas, bosquечitos de pehuenes y algunas rocas de las que bajan pequeños hilos de agua.

La primera misión es encontrar alojamiento, y buscamos bastante antes de dar con algo de nuestro gusto y para nuestro presupuesto. Un cálido hostel construido en madera y con una gran cocina económica cumple con las dos condiciones, así que nos alojamos en el “Refugio de Caniche”; tiene habitaciones rústicas y pequeñas ventanas desde donde se ve el lago de color acero.

No nos conformamos con quedarnos adentro, aunque el día está frío y lluvioso. Buscamos un transporte y recorreremos 15 km hasta el gran Salto del Agrio. Al paso del auto se levantan grandes bandadas de patos crestones y overos, que buscaban alimento en las acequias junto al camino. Las manchas blancas de sus alas parecen parches de nieve brillante.

El agua de deshielo corre fortísima, golpeando las rocas basálticas y cayendo como espuma blanca; su potencia creó el profundo cañadón de paredes encajonadas y rojizas donde el ruido es atronador. Si en vez de estepa fuera selva el bioma que nos rodea, creeríamos estar en Iguazú, tanta es el agua que se precipita desde los 50 metros a una profunda hoya ... y tanta la que cae desde el cielo a nuestras cabezas que debemos regresar al hostel para tomar algo caliente y reconfortante. Una buena sopa y frutas frescas, mientras charlamos con los otros huéspedes y luego el baño nos dejan listas para ir a dormir. Los pequeños crujidos del suelo de madera, el ulular del viento que mueve los vidrios de las ventanas, las charlas que se oyen apagadas desde el piso de abajo... de a poco nos vamos durmiendo, ¡buenas noches!

Amanece despejado y frío, una capa de nieve fresca cayó sobre los cerros anoche y cubre todas las elevaciones por detrás de Caviahue. Del otro lado del lago, sobre las montañas también se ven pozones de nieve que se van derritiendo de a poco al sol. La villa luce ahora con

todos sus colores, sus techos alpinos y negocios de productos de esquí, hasta el próximo invierno cerrados. Aunque vive de los deportes invernales, Caviahue está llena todo el año, a causa del turismo termal²⁹. El pueblo de Copahue, montaña arriba, tiene pocos hoteles (y algunos muy caros), entonces Caviahue es una buena opción, en especial para los que practican pesca con mosca de truchas arco iris y fontanalis.

Todo está en construcción, parece que la villa quiere convertirse en ciudad si uno se guía por la cantidad de edificios que se están levantando, y las máquinas que trabajan en los terrenos baldíos aledaños a la población. Caminamos por la vera del lago y nos preguntamos en qué se convertirá este pequeño pueblito en unos años, si será ruidoso y urbano como Bariloche o al estilo campestre de La Angostura. No parece haber muchos límites a la edificación, y ya algunos edificios tapan la vista al lago.

Para los mapuches, este era un lugar de culto: Caviahue significa “lugar de reunión”, “lugar de la roca sagrada”... ¿lo respetaremos los blancos?

Los pehuenes suben la ladera de los cerros tras el pueblo. Su dominio comienza en esta región y termina en el Volcán Lanín; su figura es inequívoca con el tronco muy recto y ramas sólo en la parte superior. Aunque los ejemplares más grandes, que pueden llegar a los 1000 años, miden unos 40 metros de altura y más de 2 metros de diámetro, los de Caviahue tendrán unos 20 y 1 metros respectivamente. Sólo aquí y en el Parque Nacional Lanín están protegidos legalmente, en el resto del área muchos fueron talados para usar su madera.

Los frutos, llamados piñones, eran la base de la alimentación de los primitivos habitantes, justamente llamados pehuenches, y luego de los mapuches, que lo consideran un árbol sagrado. Con él preparaban comidas nutritivas y perdurables y bebidas fermentadas.

Su nombre científico, *Araucaria araucana* proviene de un pueblo indígena que habitaba en Chile, los araucanos.

²⁹ Copahue en cambio en invierno está cerrada y cubierta de nieve.

El género, de unas 8 especies, dominó el hemisferio sur en la época en del supercontinente Gondwana, por eso se encuentran en Sudamérica, Australia y Nueva Zelanda. En Argentina hay otra especie, *Araucaria angustifolia*³⁰, adaptada a condiciones completamente distintas: vive en Misiones, y es protegida en algunas áreas pequeñas como el Parque Provincial La Araucaria, cerca de San Pedro (Mnes.) El motivo de su drástica disminución (200.000 ha en 1960, menos de 1000 en la actualidad) es la explotación de su madera, vendida bajo el nombre de Pino Paraná³¹.

Hacer brotar un pehuén no es fácil: los piñones se recogen en marzo o abril, y se plantan en diagonal con el extremo más angosto hacia abajo; germinan (si hubo suerte) luego de un mes. Si se dejan sin plantar las semillas, pierden rápidamente su poder germinativo. El tiempo de crecimiento es desesperantemente lento, de hecho, más que para una persona, es una tarea para varias generaciones...

La combi a Copahue asciende con pereza el camino de ripio. Cada tanto se ven conos de piedritas similares a las “apachetas” norteñas, señal de que el culto a las divinidades de la tierra aún existe y se da en pueblos que no estuvieron relacionados entre sí.

En 17 kilómetros el camino sube 400 metros, para llegar a 2000 m.s.n.m.³²; el aire se hace más frío y más diáfano, los colores parecen más claros, como en una foto sacada con demasiado flash. Casi a mitad de la trepada pasamos “Las Máquinas”, una terma al aire libre de aguas sulfurosas y una Planta de Energía Geotérmica que da energía y calefacción al pueblo.

Decidimos bajarnos y llegar caminando a “Las Maquinitas”, una terma solitaria rodeada de nieve y hielo. El contraste entre los bloques helados, uno de los cuales forma una cueva de color azul brillante, y las rocas ardientes de donde salen vapores con olor a azufre es

³⁰ Antes llamada *A. brasiliensis*.

³¹ Su desaparición significaría la extinción de algunas aves dependientes de ella, como el Coludito de los Pinos (*Leptasthenura setaria*), Chacurú cara negra (*Nystalus chacuru*) y Loro Vinoso (*Amazona vinacea*).

³² El Volcán Copahue tiene 2925 m.

enorme. Nuestros pies están calientes y húmedos por el vapor, nos sacamos zapatillas y medias para meterlos en una pequeña pileta fangosa, pero del resto no nos sacamos nada porque hace un frío glacial. Sólo las remolineras chicas³³ se mueven cómodas entre los vapores buscando pequeños insectos y larvas. Su color pardo las mimetiza con las piedras, pero la ceja y la garganta blancas las hacen inconfundibles.

Después de una hora seguimos hacia Copahue; el camino rocoso y empinado da varias vueltas en las que vemos cascadas y arroyitos que cruzan el ripio; el Volcán, al fondo, está despejado y lleno de nieve reciente, caída en la noche.

En el Periodo Terciario³⁴ de la Era Cenozoica toda esta región, en un radio de 15 kilómetros a la redonda era un gigantesco volcán activo. Todas las rocas, paredones agrietados y bloques sueltos que pisamos formaban parte de él, y se sabe que entró en erupción muchas veces, hasta que la actividad se fue aquietando y el foco se desplazó al oeste, al actual Cerro Copahue (“lugar de azufre”). Actualmente toda la zona tiene fenómenos post volcánicos como aguas surgentes, hervideros, solfataras, fumarolas, etc., pero lejos de ser una anécdota del pasado, el vulcanismo continúa y se manifestó con emisión de cenizas en 1992, 1995 y 2000, por citar las más recientes. En la del 2000 las cenizas cayeron en Loncopué, a 60 kilómetros, y se prohibió la entrada a la villa desde Caviahue para evitar accidentes porque la visibilidad era nula. Aterrorizados, los habitantes descubrieron que el sísmógrafo en que confiaban sus vidas no funcionaba, y que el olor a azufre y humo era irrespirable. Muchos se autoevacuaron por la Ruta Provincial 26, pese a que estaba cerrada por la acumulación de nieve y el viento blanco. Las explosiones continuaban y caían piedras del tamaño de un puño.

Se habló incluso de evacuar Caviahue mientras los curiosos miraban con binoculares el fenómeno y los prudentes preferían “bajar” a Zapala.

³³ Cinclodes oustaleti.

³⁴ Concretamente en el Plioceno, hace unos 4 millones de años.

Con el correr de los días la actividad cesó y habitantes y turistas volvieron, pero quizás algún día se produzca una gran erupción, para la que no están preparados y de la que son inconscientes. En Caviahue nos mostraron fotos del evento de 2000 como una curiosidad aislada y que no volverá a suceder. En Copahue no vimos ningún indicio de prevención (carteles, planes de evacuación), “Producto típico argentino”, ¿no les parece?

En Argentina, a diferencia de Chile, casi no hay volcanes activos³⁵; de los más de 420 que tiene Neuquén, sólo el Copahue es peligroso. En el Cuartario, los hielos ocuparon la antigua hoya volcánica y erosionaron las rocas de sus paredes, quebrándolas y arrastrándolas para depositarlas en montones informes. Por estos escombrales bajamos a la villa, para encontrarnos con la primera pileta, el “Agua de Limón”, de efecto laxante. ¡Obviamente, pasamos de largo!

Toda la actividad se canaliza a través del moderno e hipereficiente Complejo Termal; para quienes pasan una breve estadía hay un sistema de “Ficha rápida”, con no más de dos prestaciones termales por día. En la enfermería se controla la presión y completan los datos médicos, se elige qué baños se tomarán, se abonan en caja y... ¡ya está! Puede uno ingresar a este gran spa del culto a la salud. Nos demoramos en la elección, todo parece delicioso... hidromasajes, máscaras para el cabello y la cara, aplicación de algas, fangoterapia, cabinas de vapor, ¡dan ganas de dejarse mimar por tantas propuestas! Pero sólo pueden ser dos, ¿ustedes qué hubieran elegido? Yo opté por un baño relajante y un masaje tonificante.

Más allá de estas terapias pagas se puede ingresar a algunas de las lagunas y tomar agua de las fuentes (en otras, únicamente con prescripción médica). El “Agua del Mate” por ejemplo, que tiene una baja mineralización y una temperatura de 67 grados, los visitantes llenan sus termos para cebar mates o hacer un té. Entre las lagunas de ingreso libre, elegimos la “Del Chancho”. Es de barro (o de fango, que suena más elegante) y su olor hace justicia al nombre. Pese al

³⁵ El Copahue en Neuquén y el Peteroa en Mendoza lo son.

frío, varias personas en malla se embadurnan el cuerpo y luego lo dejan secar al sol; después de veinte minutos, el procedimiento termina con una ducha de agua mineral. Nosotras nos cubrimos las caras, manos y pies con el oloroso emplasto, tal vez queden más suaves pero el aroma deja mucho que desear...

A pesar de estar en pleno enero, en el centro de la villa hay grandes manchones de hielo sucio, que por las bajas temperaturas de la noche no llegan a derretirse del todo. A unos doscientos metros saliendo del poblado, por donde corre un arroyo entre las rocas, más bloques de hielo marcan el camino hacia el volcán. Las diucas, unos simpáticos pajaritos grises de garganta blanca, parecen no poderse estar quietos más de unos segundos, cuando en parejas se desplazan por el pasto y piedras; los comesebos³⁶ andinos de cabeza gris y dorso amarillo, en cambio, prefieren un pequeño calafate. Dormilonas de ceja blanca y fraile, con sus coronas roja y amarilla respectivamente, y su andar erecto y señorial, un jilguero grande, especie ligeramente mayor a la que muchas casas sufre injusto cautiverio, varias gaviotas andinas³⁷, sobrevolando el poblado en amplios y bullangueros círculos, en búsqueda de algún desecho que no desprecian estos alados oportunistas... de a poco van apareciendo las “especialidades” de la estepa patagónica y altoandina.

Mi compañera prefiere caminar entre las rocas; yo, quedarme silenciosa junto a la orilla del arroyuelo, y no tardan en acercarse sus tímidos habitantes. Cuando Guillermo Hudson, luego genial escritor y ornitólogo, era muy pequeño, su madre estaba siempre preocupada porque tenía largos momentos de silencio e inmovilidad. Un día, cuando tenía siete años, le contó su “secreto”: “Es que estaba queriendo entender qué se estaban diciendo los pájaros mientras construían su nido, y si me movía, se callaban”. Y luego, ya adulto: “Mi patria, mi patria verdadera y secreta es el verdor solitario del mundo donde anidan los pájaros”. Pero para poder entrar a ese mundo, como

³⁶ Diuca diuca, *Phrygilus gayi*.

³⁷ *Muscisaxicola albilora*, *M. flavinucha*, *Sicalis auriventris*, *Chroicocephalus serranus*.

Alicia por la puerta mágica del espejo, hay que saber mirar y escuchar en silencio, tan fácil y difícil a la vez, ¿no?

Nuestro último día en Caviahue lo usaremos en recorrer las Cascadas que bordean al arroyo Agrio. El camino agreste está poblado por cientos enormes pehuenes que suben por las laderas basálticas; en un sector las rocas parecen ruinosas columnas de formas hexaédricas, como los tubos de un órgano de gigantes. Dos veces cruzamos el arroyo que está muy frío y crecido.

Regresamos trepando el cerro y por supuesto nos perdemos. Pero es temprano todavía y cuando al fin salimos a la ruta, muy cerca del centro de esquí, aprovechamos para visitarlo y seguir el sendero que, entre lengas, ñires y araucarias lleva a la Cascada Escondida, muy alta y blanca, toda hecha de espuma.

Volvemos justo con el tiempo para armar los bolsos y despedirnos de “Caniche” el dueño del hostel que tan cálidamente nos albergó.

La bajada a Zapala nos resulta triste como dejar a un viejo amigo. Porque aunque estuvimos en el reino del pehuén pocos y felices días, nos sentimos plenamente en casa.

3. JOYAS DE LOS LAGOS DEL SUR

Desde Zapala surgen, como dedos, los caminos hacia el oeste neuquino. El más sureño (el meñique, digamos) es la mítica ruta 40, que en la Argentina transita, con varios tramos “complicados”, desde La Quiaca hasta Punta Vígenes, en Santa Cruz a lo largo de casi 5000 kilómetros de fascinante geografía. En los últimos años muchos viajeros se pusieron como meta recorrerla, al estilo de la ruta 66 de Estados Unidos. Turísticamente se la presenta dividida en dos partes, la 40 norte y la 40 sur, justamente seccionadas a la altura donde la profusión de rocas gigantescas y los aluviones veraniegos la cortan, al sur de Malargüe. Desde que tengo memoria vengo escuchando que los distintos gobiernos (nacionales y/o provinciales) planean mejorarla, ensancharla, repararla, reconstruirla, consolidarla, etcétera, ¡y si se hubiera hecho un 10% de lo planeado ya sería una autopista! En realidad, sólo un poco más de la mitad es de asfalto (2700 km) y el resto a lo sumo de buen ripio o consolidado. “Pros”: un paisaje de ensueño, poco tránsito, postales a cada instante. “Contras”: quien no tenga una camioneta bien equipada se los podrá imaginar.

Cuando estuve en Malargüe, ciudad mendocina de aspecto más patagónico que cuyano (riquísima en petróleo y sin viñedos) una de las atracciones más aventureras era visitar “La Payunia”, con camionetas altas (mejor 4 x 4) siguiendo la ruta 40 hasta donde se levantan las sierras volcánicas y los escoriales dejados por fabulosas erupciones que tiñeron la tierra de gris y negro. Esculturas de lava talladas por el viento y la lluvia, basaltos y rocas porosas, cañadones excavados por ríos hoy casi inexistentes... y luego el aislamiento total, el “finis terrae”. Unos años (y muchas promesas de mejoramiento) después, mi hermano quiso “bajar” de Malargüe a Aluminé por la misma ruta y se encontró con el mismo problema; para cruzar el límite con Neuquén tuvo que volver a San Rafael y desviarse en un gran círculo hacia el noreste y la ruta provincial 143, un innecesario y fatigoso rodeo³⁸.

³⁸ Mientras escribo estas líneas hay nuevos planes para hacer transitable el sector de 200 km desde Malargüe al Río Barrancas, pero sin fechas concretas.

Por suerte desde Zapala a San Martín de los Andes, adonde nos dirigimos, la ruta está buena y se puede disfrutar del paisaje amplio que va perdiendo los colores tierra de la estepa para hacerse cada vez más verde y arbóreo.

En San Martín haremos nuestro primer trasbordo, hacia La Angostura, y desde allí otro micro a Bariloche. Un camino sin igual, el de los Siete Lagos, que ya conozco por haber estado tres veces, en una ocasión con la misma Andrea, pero que siempre tiene un encanto particular, como si uno lo viera por primera vez.

Tenemos una hora antes de la salida, que aprovechamos para recorrer brevemente el muelle y los canteros llenos de rosales de todos los colores. Junto a la Terminal, en un árbol hay un dormidero de chimangos que se están despertando y aprovechan la ocasión para vocalizar todos juntos con su rezongo agudo y lastimero. Debe haber unos doscientos, que de a poco van levantando vuelo para dispersarse, mientras algunos todavía “remolonean”. Ojalá San Martín de los Andes no se convierta nunca en una zona tan urbana y ruidosa que los chimangos abandonen su apacible confianza. Su presencia me parece una confirmación de que están haciendo las cosas muy bien.

Camino a La Angostura, el paisaje ha cambiado completamente por tercera vez en este viaje: nuestra primera etapa fue de monte y estepa, la segunda de pehuenes y volcanes, ahora las montañas con pequeños circos glaciarios y rodeadas de nubes bajas formando bosques densos de *Nothofagus* (con predominio de lengas y algunos ñires y coihues) hasta el borde del camino. Es un bosque ordenado y “prolijo” si se quiere, de árboles vigorosos y aún jóvenes, teniendo en cuenta que pueden vivir desde los 200 (ñire) a los 600 años (coihue). El gran género *Nothofagus*, con unas 40 especies distribuidas por Oceanía y el sector austral de Sudamérica³⁹ dominó el sur de Gondwana hasta el fin del Cretácico (144 a 65 millones de años atrás)

³⁹ Nueve de ellas son propias de Chile y Argentina.

y se encontraron sus fósiles hasta en la Antártida⁴⁰. Sus representantes son un ejemplo de la adaptación a los cambios en las condiciones del medio; y con un valor agregado, en la lenga y el ñire las hojas cambian su color al rojo furioso antes de caer, produciendo un espectacular contraste con las siempreverdes (coihues, guindos, arrayanes y canelos)

Los coihues, con sus troncos rugosos, son un buen refugio para trepadoras, lianas y epífitas (es decir, que crecen sobre otras plantas), la mayoría de las cuales tienen flores rojas y abundantes en forma de “botellita” que atraen al picaflor rubí y a numerosos insectos.

Pocos saben que los bosques andino-patagónicos poseen gran cantidad de orquídeas, pero no del tipo “epífito”, como las que se ven en las selvas tropicales sudamericanas, sino “terrestres”, si bien el aspecto de algunas de ellas difiere bastante de las coloridas y vistosas flores cultivadas. Las orquídeas patagónicas se distribuyen hasta las Malvinas, y pasan el invierno en un estado llamado “de dormación” donde pierden sus partes aéreas hasta la próxima primavera. Aunque más modestas que sus “primas” brasileñas, algunas tienen hermosas varas con flores verdosas, blancas o amarillas.

La mañana está avanzando y el micro ha parado varias veces para que suban o bajen mochileros, hospedados en los muchos campings del lugar. Tras pasar un río lleno de piedras, ideal para practicar rafting, llegamos al Lago Correntoso. Aquí vamos a detenernos para estirar las piernas y comer unas tortas fritas deliciosas.

Estamos llegando a La Angostura, puerta de entrada al Parque Nacional Los Arrayanes. Su estilo alpino y exclusivo, me hace recordar a El Calafate por las construcciones de piedra y madera (y sus precios para extranjeros) El paisaje es de postal, y como sus autoridades lo saben no se han privado de poner en la plaza principal un muñeco de nieve gigante donde la gente (aunque no haya nieve) se saca

⁴⁰ Con ese hallazgo se terminó de confirmar lo que ya se sabía, que la Antártica estuvo unida al resto de los continentes sureños en una masa única, en una posición mucho más septentrional, y con un clima subtropical capaz de sustentar helechos, árboles y dinosaurios.

constantemente fotos. Ojalá esta zona preserve su frescura y su ambiente privilegiado sin caer en los excesos del turismo masivo que convierte las geografías en negocios. Su belleza particular no necesita de carteles chillones o de música estridente para desarrollar su turismo en forma sustentable.

El siguiente tramo a Bariloche se pasa con gran rapidez, o quizá es que estamos ansiosas por llegar. La visita al Centro Cívico y la Oficina de Turismo es obligada, pero no porque querramos folletos sino porque hemos salido sin reservas y nos comentan que conseguir hospedaje es casi una misión imposible. Parece que este año, argentinos y extranjeros no encontraron mejor opción que Bariloche, y colman hoteles, calles, plazas, bares, la playa del lago, los transportes y hasta la comisaría. Como el tiempo ha sido lluvioso varios días, muchos acampantes “abandonaron” sus carpas mojadas para dormir en la ciudad. Y sí, Bariloche se ha convertido en un horniguero, con sus ventajas y desventajas (más).

Después de varias de llamadas desde la Oficina de Turismo, con el invariable “no hay vacantes”, ya nos vemos durmiendo en la Terminal de Ómnibus... pero el empleado recuerda tener, debajo de pilas de folletos, el teléfono de un hostel bastante nuevo que no figura en las listas oficiales. Ilusionadas, nos dicen que “sí” hay lugar para dos, que “no” reservan por teléfono y que nos apuremos porque un grupo de mochileros acaba de llamar y están yendo para allá. En verdad debe haber sido una escena ridícula vernos subiendo las calles empinadas, cargadas de bolsos y mochilas, coloradas del apuro y con taquicardia de no conseguir lugar... pero llegamos a tiempo de casi “cerrarles la puerta en las narices” a los mochileros y así nos hospedamos en “La Justina” una preciosa casa con ambientes luminosos y llena de extranjeros trasnochadores.

Bueno, a nosotras nos gusta más caminar que conversar, así que salimos a recorrer esa misma tarde el Cerro Campanario con su aerosilla y su impresionante panorámica (todo colmado de italianos). Aquí me llamó la atención que, como en Buenos Aires veríamos a los gorrio-

nes comiendo miguitas en el suelo, la misma función cumplían los comesebos patagónicos. Se trata de una especie distinta de la vista en Copahue⁴¹, con cabeza gris, vientre amarillo y espalda canela. Es un pajarito realmente precioso, muy común en los alrededores de Bariloche y casi tan abundante como el Fío Fío Silbón, que hace honor a la onomatopeya de su nombre todo el tiempo⁴².

En Puerto Pañuelo, frente al Llao Llao, pude escuchar por primera vez el lamento del Macá Grande⁴³, también llamado “Huala” porque su voz parece decir esa palabra en un tono bajo y aflautado. Los macás se asemejan (salvando la distancia) a patos esbeltos con picos agudos, y éste en particular, en vez de “cuá” dice: “uaaaaa...”.

La Isla Victoria, a media hora de navegación en el barco “El Calafate”, está tan bella como la recordaba. Debe ser uno de los pocos lugares, donde, después de 15 años, no he visto prácticamente cambios y si los hubo (nuevas construcciones, extracción de especies exóticas) estos fueron positivos. Caminando por un sendero interno, escuché y vi un nuevo “lifer”, que es como llaman los observadores de aves al avistaje de una especie nueva para ellos⁴⁴. El churrín andino⁴⁵ con sus minúsculos 10 centímetros, me miró curioso desde una rama y luego me dedicó un largo y encendido discurso desde la espesura.

La zona cercana al Llao Llao tiene muchos atractivos, además de su preciosa vista y sus macizos de flores. Pocos edificios (se podría sumar la cercana Capilla San Eduardo) se encuentran tan bien integrados al paisaje, sin desagradar a la vista en contraste con la siempre inigualable naturaleza. Pasando Puerto Pañuelo, y unos doscientos metros más allá, hay una reserva natural, un parque municipal poco conocido donde puede encontrarse el “verdadero” bosque araucano. Un simple cartel de madera indica la entrada al solitario sendero, que

⁴¹ *Phrygilus gayi* y *P. patagonicus*, respectivamente.

⁴² *Elaenia albiceps*.

⁴³ *Podicepsphorus major*.

⁴⁴ Proviene de la contracción de “life” y “first”, significaría algo así como “primera vez en la vida”.

⁴⁵ *Scytalophus magellanicus*.

se bifurca más tarde en muchos caminos; algunos bajan a zonas anegadizas, otros van subiendo para terminar en un par de kilómetros en la ruta. Allí encontré a “las frutillas del postre”, el huet-huet y el chucaco⁴⁶, que parecen pequeñas gallinitas de patas largas y que se reconocen más por el oído que por la vista.

Cansaría describir la cantidad de especies que se encuentran en nuestra (aparentemente) deshabitada Patagonia. Pero sólo el ojo entrenado y sobre todo la actitud atenta pueden descubrirlas, ellas son esquivas y en general miméticas con su entorno. Algunas pocas más grandes (como las bandurrias australes, cauquenes, cóndores) o muy vistosas (como el picaflor rubí) se hacen notables hasta al turista profano. Yo misma, cuando todavía no había descubierto esa “patria verdadera y secreta donde anidan los pájaros”, batí el dudoso récord de viajar por Colombia y Perú (¡El Camino del Inca!) sin ver “ni una” sola ave. Atenuantes: en ese momento me interesaban más los minerales.

He tenido que volver a Iguazú para “ver aves” luego de haber estado dos veces sin recordar haber visto ninguna; y supongo que si comienzo a estudiar mariposas, o lagartijas volveré a encontrarme en el mismo predicamento.

En el medio de la reserva hay un pequeño bosque de arrayanes, con sus troncos retorcidos y de un fuerte tono canela. El silencio del lugar (salvo el murmullo de un hilo de agua o un trino aislado) parece producto de un hechizo. Creo que algunos lugares tienen un particular encanto, al menos para mí, cuando parecen frágilmente suspendidos en el tiempo, y uno baja la vista con reverencia y no se anima a hablar en voz alta para no perturbar, digamos, al espíritu de la naturaleza que vive en ellos. El glaciar Perito Moreno, con su helada belleza, la selva callada de Moconá en Misiones, o las lagunas rebosantes de vida en los Esteros del Iberá me parecen imponentes más allá de cualquier descripción.

En Bariloche vive Miky, el cuñado de un querido amigo y observador

⁴⁶ *Pteroptochos tarnii*, *Scelorchillus rubecula*.

de aves, quien amablemente se ofrece a pasearnos por los lugares conocidos por los “nativos” y muy pocos turistas informados conocen. La cervecería Blest, donde nos sirven una picada monumental, la pequeña Colonia Suiza, el Cementerio de Andinistas, la nueva Villa del Cerro Catedral, que cobra vida en temporada de esquí, y una casa de té y tortas llamada Paila-Co, que sirve unas exquisiteces “anti diet” en medio de un paisaje bellissimo. La tarde comienza a hacerse lluviosa, pero aprovecho para darme una vuelta por el jardín, que tiene varias enredaderas florecidas. Aparece un picaflor rubí, parece que bailara frente a las aljabas, y luego se desvanece.

Es nuestro último día; apenas queda tiempo de visitar el “Parque Ecoturístico Cerro Viejo”, con una aerosilla que alcanza los 900 metros de altura y cuya mayor atracción parece ser un larguísimo tobogán (ya que estamos aquí no nos lo íbamos a perder, ¿no?), comprar chocolates para parientes y amigos y cambiar el hostel por la Terminal. Aquí Andrea y yo nos separamos; ella irá a Catamarca y yo a Buenos Aires. Las dos tenemos muchas horas de micro para pensar en todo lo que nos dejó este viaje, o espiar los últimos paisajes antes de que caiga la noche. Por mi parte, al mirar por la ventanilla del micro que ya sale, veo un ave posada en una rama a la altura de mis ojos. Es un zorzal patagónico, aquella primer ave que me recibió en la Terminal de Neuquén, muchísimos días y kilómetros atrás, ha venido a despedirme. ¡Adiós amigo, y ojalá volvamos a encontrarnos!

RELATOS

FLORES DE SEPTIEMBRE

Durante unas vacaciones, cómodamente instalada en un amable pueblo serrano, de esos que todavía conservan la siesta estival y la larga sobremesa, mi hospedador, me relató esta historia:

-Hace muchos, muchos años vivía en esta región un italiano sesentón, recio, trabajador, curtido por años de labor bajo el sol, que en estas tierras labra surcos más profundos que el arado. Se dedicaba por completo a sus viñedos, que eran su satisfacción y su riqueza. Había llegado a la Argentina con mujer y sin dinero. Aquí tuvo un hijo, levantó su casa, cosechó las uvas dulces que da la tierra bien fecundada y enterró por fin a la esposa, que no soportó los rigores de un invierno particularmente helado.

Los años pasaron: la finca prosperó, las parras se multiplicaron hasta el horizonte, y el hijo se hizo hombre ayudando a su padre en las mil y una tareas del campo.

Las diversiones eran escasas en esa época: se bajaba al pueblo los domingos para ir a la iglesia, y en la semana una vez cada tanto para comprar los pocos productos que no se obtenían en la finca: la yerba,

el azúcar, algunas herramientas; y por supuesto, para retirar la correspondencia. Y es que nuestro hombre, a pesar del tiempo transcurrido, no había perdido los lazos con su gente, con su familia. Este italiano, que no hablaba mucho, que nunca había acariciado al hijo ni siquiera en la cuna, era un nostálgico incurable de su pueblo natal y de los primos y sobrinos que en él habían quedado. Por supuesto, aceptaba que allí no habría llegado nunca a tener su propia tierra, y estos viñedos relucientes al sol, con la hermosa casa de blancas paredes, y la glicina densa, llena de nidos de picaflor. Pero el corazón, ah, el corazón estaba en Italia y por eso cada carta, con sus pequeñas estampillas multicolores, le traía remembranzas de la infancia con sus cachorros, el olivo con las ramas doblándose de tantos frutos, y también los besos a escondidas con su prima, tan dulce, tan fragante, la que murió de fiebres al otro verano. Y los recuerdos venían en la letra tosca del hermano campesino: la familia crecía, los jóvenes se casaban y los viejos se iban muriendo.

Un hermano tenía siete hijos, el otro nueve. Las hermanas -cinco- habían sido también prolíficas, y ya tenían tantos nietos que los nombres se repetían y se creaban confusiones monumentales.

No sé muy bien cuándo, pero en algún momento Don Luca -vamos a llamarlo así, entre nosotros, aunque ese no sea su nombre real- empezó a sentirse muy pobre y poco satisfecho con sus posesiones. No con la hacienda, con la huerta familiar o el ganado bien cuidado por los perros, sino con su escasa descendencia y con la finca enorme casi deshabitada, silenciosa, sin mujer ni risas infantiles.

No extrañaba mucho a su primera esposa. No la había conocido bien antes de casarse, y en los primeros años de matrimonio el trabajo había sido muy duro: levantarse a las cuatro, comer una galleta y salir a trabajar la tierra a veces bajo la lluvia y otras con un sol abrasador, hasta obtener los primeros racimos generosos, con uvas como gotas de rocío, o como los ojos verdes del puma.

-Así son las flores de septiembre en la montaña -pensó cuando ella hubo muerto- florecen y se extinguen sin que uno se dé cuenta. Aquí

está su fruto, mi hijo. De ella no tengo nada, no sé si era feliz, si cantaba cuando estaba sola o si alguna vez me amó. Se fue como vino, o más bien, como si nunca hubiera venido a mí. Quizás se quedó también en nuestro pueblo, bailando y cantando con sus hermanas, pisando las uvas, vestida de azul y con un moño blanco sosteniendo sus trenzas por arriba de la frente, como cuando la vi por primera vez.

¿Existió ella? ¿Existía él? Sólo un hijo estaba en el mundo como prueba de que la carne había sido joven, los cuerpos fecundos... sólo una vida entre el fétetro y la inmortalidad.

Y la idea, la idea que nació entonces en la plateada cabeza de Don Luca fue tan increíble que no pudo comentarla con Carlos, su hijo, hasta varios meses después, cuando llegó la ansiada respuesta de su hermano: la novia iba en camino.

Imaginen los viajes en esa época: incómodos, lentísimos, polvorientos y hasta riesgosos. Pero ¡qué avances con respecto a una generación atrás! Ahora la gente común cruzaba el océano, se desplazaba de país en país, de región en región, conocía otros continentes y hasta se iba de vacaciones.

Y ahí estaba Anina –si convenimos en llamarla así- cuyos veintidós años completos habían transcurrido en un pueblito al pie de las Dolomitas, allí donde el torrente Cismón baja encajonado en estrechos valles, por eso llamados “canales”. Los surcos excavados entre la caliza -más frágil- y el granito resistente, crean una belleza irreal representada por la floresta. Esa floresta de alerces amarillos en septiembre, de abedules de oro, prados llenos de flores y de pájaros que cantan quedamente, como temiendo quebrar la claridad del día.

Don Luca no podía dejar la hacienda y los viñedos para ir a buscar a Anina al puerto de Buenos Aires. Esperar que ella llegara sola –tan joven, sin conocer a nadie ni hablar el idioma- era también impensable.

Por supuesto, fue Carlos el encargado de ir a buscar a la novia a la

capital. La reconoció en cuanto la vio, igual a la foto color sepia y tan ingenua con ese vestido floreado pasado de moda y las trenzas castañas de pueblerina, en medio de las otras mujeres iguales y a la vez diferente de todas las demás. Carlos tenía veintitrés años y se sintió más avergonzado que ella al presentarse. Los dos balbuceaban y bajaban los ojos sin saber qué decirse.

El regreso al pueblo pasó sin que ninguno lo notara; en realidad desde ese momento las cosas estuvieron más allá de la voluntad de todos. ¿Cómo culparlos? Y emprenden el camino: una mujer joven, de rostro sereno y risa picante y un hombre con el sol en los brazos, con olor a campo recién segado, y un par de ojos negros como pozos sin fondo.

La boda fue un trámite, y desde un principio, los esposos no se entendieron bien. Ella quería bailar, comprarse vestidos, bajar al pueblo para mostrar su sombrero nuevo. Él quería verla cocinando, zurciendo medias y alimentando a las gallinas.

Ella dormía hasta tarde, él despertaba al clarear el día. Ella se reía, la iglesia le resultaba indiferente y los vecinos la aburrían. Pero le gustaba ver a Carlos domar a los caballos nuevos, traídos del campo por los peones y llevarle el mate —esa infusión verde a la que terminó por aficionarse sólo por posar sus labios donde habían estado los de él— en fin, se supo enamorada y condenada también a una vida larga y hastiante al lado de un hombre viejo sí, pero fuerte como un roble y decidido a vivir mil años más.

Carlos la evitaba al principio, sentía culpa hasta por mirarla. El no tenía derecho siquiera a rozarle la mano cuando le pasaba el salero en el almuerzo o sentir el perfume que salía de su cuello al inclinarse en la oración del domingo. Pero el tiempo y la costumbre terminan por vencer toda repugnancia, y algo, una sensación que le quemaba muy adentro, le decía que Anina no iba a rechazarlo.

¿Irse o quedarse? Don Luca acabó con la duda al enviarlo a la capital de la provincia para realizar unos trámites impostergables. Estuvo afuera dos semanas, en las que pensó mucho en Anina, en él y en su

padre. Se decidió a ser fuerte y olvidar esas trenzas de seda; a frecuentar a cierta vecina nada fea y ya en edad de casarse; en conclusión, se llenó de buenas intenciones y altos pensamientos.

Anina también tomó resoluciones: se acusó de estúpida y frívola. Ya era toda una mujer casada: debía respetar a su esposo, cuidarlo y darle hijos, y dejarse de soñar con príncipes azules, por más que tuvieran hermosos ojos negros, tan imposibles para ella como un viaje a la Luna.

El día en que Carlos volvió de la ciudad, don Luca estaba trabajando en el viñedo, por supuesto. Carlos dejó la valija al lado de la puerta y buscó la mirada de Anina, como para probarse que podía resistir la tortura que era verla y no pensar en besarla. Ella también lo miró, segura de mantenerse firme ante esa tentación tan cercana como deseada.

Pasaron a la cocina. Le sirvió el almuerzo y se quedó de pie, como arreglando las ollas y nerviosa sin motivo. No sabía adónde poner las manos, le temblaban sin poderlo evitar. Él comía, silencioso y aparentemente tranquilo. Cuando terminó se levantó para ir al campo, y volvieron a cruzarse las miradas ahora menos decididas que antes.

Anina lo retuvo con un gesto. Una hoja, o una brizna de pasto en la camisa, cerca del hombro. Ella no tenía intención de acariciarlo, pero esto fue lo que pasó: la mano se demoró primero sobre el cuello, luego bajó por una clavícula hacia el pecho, para terminar a la altura del corazón de Carlos que latía descontrolado.

Ahora, vamos a cubrir con un manto de brumas el Amor de los amantes, porque no es sórdido ni puede culparse a quienes sucumben ante él: la Juventud, la Belleza, la Gracia los bendicen, aunque no así el Tiempo.

Pasó un año. –Debe haber habido días de sol y otros de lluvia – pensaba ella. –Seguramente las chivas ya parieron y el algarrobo se llenó de frutos. Los nidos de los colibríes se vaciaron de pichones y se preparan de nuevo para recibir los dos huevos rosados que pone

la hembra solitaria. La uva se convirtió en el vino que se guarda en las bodegas, lejos de la luz. Lo sé porque debe ser así, siempre fue así. Pero mi mente está lejos de todo esto y ve pasar las cosas como un reflejo descolorido en un espejo viejo. Hay sombras que van y vienen, las tareas de la casa, las noticias del pueblo. Solamente brillamos él y yo, al estar juntos. No puedo verme más que en sus ojos.

-Aunque quiera dejarla, - meditaba él- si hoy se fuera la seguiría hasta el fin del mundo. No me importa nada cuando estoy con ella, no me importa ser ruin, ni me avergüenzo de amarla con locura porque fuimos hechos el uno para el otro. Toda la eternidad en el Infierno es un precio muy bajo si puedo tenerla en esta vida.

-Tengo miedo, -se decían ambos- miedo de perderte, de que ya no me quieras y que en tus ojos no lea lo que está escrito ahora. Que me hagas pedazos con tu rechazo, que astilles mi corazón con palabras de desprecio. Cualquiera tortura es preferible a esa. Prefiero que tu mano me clave un cuchillo en este pecho, no hay suplicio mayor que tu abandono. Ah, que no encuentre en tu mirada indiferencia o en tus besos lejanía. No puedo resistirlo.

Y cada vez eran menos cuidadosos, como si quisieran ser descubiertos. Don Luca parecía ciego, sordo, mudo. La situación hubiera continuado así durante años, pero pronto iba a pasar algo que sacudiría todo en esa vida de ocultamientos, porque en algunos meses Anina va a dar a luz un varón.

Carlitos ya tiene tres años. Es travieso, terco, imposible de controlar. Todo lo toca, le encanta correr a las gallinas, molestar a los chivos, zarandear el manzano. Anina lo adora, ni qué decir de don Luca. Carlos siente por Carlitos una ternura sin igual, que le rebasa el pecho y tiene que contenerse para no comerlo a besos y no llamarlo: hijo de mi vida, el mejor regalo de mi amor, bendición de toda mi existencia. No puede estar maldito por Dios este amor si me dio a este hijo que viene a redimirnos y a unirnos más que nunca.

Una noche, don Luca sorprende en su hijo mayor un no sé qué que lo

perturba. Un roce, cierta mirada, el tono de la voz. Está hablando con Carlitos y lo mira orgulloso, como si... Algunas cosas que antes intuía, van alineándose frente a él, les pasa revista: “Mi hijo” –dice siempre Anina, no “nuestro hijo”. Carlos no frecuenta a ninguna mujer, prefiere quedarse en la hacienda cuando él baja al pueblo. Ella cose las camisas de él amorosamente, las retiene y aprieta entre las manos. Ambos salen a mirar las estrellas desde la galería y se quedan hablando muy bajo, aunque sin tocarse. En la ronda del mate, Anina se lo sirve a don Luca siempre frío y amargo.

Decide vigilarlos, aunque ya sabe la respuesta. Los detalles eran demasiado elocuentes como para que una prueba directa pudiera modificarlos.

El pueblo entero está pasmado. Aquí hay pocas noticias y hoy los chismosos están de parabienes. Nadie sabe bien qué pasó, cómo fue que Carlos, que hasta ayer estaba lleno de vida y se paseaba entre las vides, con las manos en los bolsillos y silbando una tonada, mientras saludaba a los trabajadores, a cada uno por su nombre, hoy está tendido en un cajón, con los ojos cerrados y las manos sobre el pecho.

Padre e hijo trabajaban en la bodega esa tarde. Estaban solos. Parece que Carlos había tomado. Después insistió en limpiar una escopeta que se guardaba en un arcón y que servía para ahuyentar zorros, pumas y a algún ladrón de gallinas.

Don Luca estaba de espaldas, controlando un libro de cuentas, cuando sonó el disparo. No pudo hacer nada: la bala le había dejado un orificio redondo y negro en la frente.

Esas escopetas viejas no son confiables. A veces, un descuido al manipularlas puede causar una desgracia. –Qué pena, un hombre tan joven, morir tan tontamente, con un balazo limpio entre los ojos negros.

Si un año pudiera convertirse en un segundo –sólo si quisiéramos

convenir esa afirmación por supuesto disparatada- entonces permítanme también borrar de un manotazo horas, días y hasta meses arrancando de cuajo las hojas del calendario. Ya pasaron veinte años: hace ocho que Anina es viuda y debe cuidar sus intereses y los de Carlitos como dueña de los viñedos. Los últimos cinco años fueron de una enorme prosperidad para la región: la demanda de vinos, pasas y uva fresca aumentó, las exportaciones dejan grandes ganancias y las moderadas lluvias favorecieron las vendimias más abundantes en el último siglo.

Anina recibe una propuesta para asociarse con dos bodegas vecinas: entre los tres podrían manejar la producción de toda la provincia, y beneficiarse aún más de esta época de “vacas gordas”. Anina desea aceptar: al fin podría descansar, delegar en otros el control de la hacienda, con su trabajo que nunca termina, viajar por el país.

Su capataz, un hombre de entera confianza, siempre se lo aconseja. Ella sabe que por la honradez y voluntad de Raimundo, los viñedos salieron adelante durante la sequía, y hace unos años, cuando el frío y el granizo casi quemaron la uva un mes antes de la vendimia. Anina lo considera un amigo fiel y escucha con atención sus sugerencias, ya que generalmente tiene razón en todo.

De acuerdo a una antigua costumbre, los capataces cenaban con los dueños (en este caso, Anina y Carlitos) al menos una vez por semana. La comida era sencilla y la conversación, como siempre, giraba alrededor de la hacienda.

Carlitos no se interesa en los negocios de la familia. Si recorriéramos las fotos de un imaginario álbum de familia, encontraríamos cierto leitmotiv que se repite: Carlitos saltando entre dos grandes piedras, trepando un barranco, conduciendo un auto riesgosamente entre dos curvas, bebiendo hasta el vómito y jugando hasta el desvarío. Cuando baja a la ciudad gasta fortunas: alcohol, juego, mujeres. Derrocha el dinero, le gustan las cosas caras, los autos, los mejores trajes, las prostitutas. Y también en la hacienda se comenta que dos o tres hijos guachos tienen sus ojos particularmente negros. A Anina le llegan co-

mentarios, y ciega de amor, lo justifica: Es joven, es atractivo, también a su edad su padre me volvía loca de amor y de deseo.

Raimundo, en cambio, no tiene vendas en los ojos: Es un muchacho salvaje, dañino. Sedujo a las que pudo, forzó a las otras. Es haragán, taimado, le complace herir a los otros, en especial a las criaturas indefensas. Vio crecer la maldad en él desde chiquito, le gustaba matar pájaros, destruir los nidos, apedrear a los cachorros. Y su mirada era maligna, los otros chicos se apartaban de él, las nenas lo evitaban. De grande, se hizo peor: era borracho, pendenciero, atropellaba el ganado con sus costosos autos, no respetaba ni a su madre. A ella le robaba, le mentía. Cuando venía a verla desde la ciudad, donde decía estudiar –aunque Raimundo sabía que no, que su escuela era el casino y sus profesores los compañeros de juerga– siempre le pedía dinero, a veces con la excusa de los libros, de los materiales. Y si ella no se lo daba, le robaba cosas, una vez un reloj, otra una joya.

Raimundo no tolera las cenas cuando Carlitos está en la casa. Siempre terminan en peleas. Siempre tiene que presenciar su ruindad, su vileza, y aún peor, la mirada de la madre amorosa, pendiente de sus menores deseos. Anina, siempre tal cabal e inteligente se ve reducida a una hembra complaciente, un pedazo de carne cálido y maternal que exclama: Mi nene, mi chiquito, mi bebé querido, razón de toda mi existencia.

Esa noche, hablaban de la posible sociedad entre bodegas. Anina escucha atenta y asiente cada tanto. Está feliz: los negocios funcionan, el hijo está en casa. Carlitos se mantiene fuera de la conversación, aburrido, hasta que una idea empieza a filtrarse por su mente, mareada de alcohol. Si las bodegas se fusionan, habrá un contador a cargo, las cuentas serán inspeccionadas una y otra vez, el dinero no podrá deslizarse tan libremente como hasta ahora. Pondrán revisores, controlarán todo. La madre ya no será un río de oro, una chequera abierta. Tendrá que pedirle al Consejo, rogarle a empleados, a subalternos. No le conviene, no, la sociedad no puede realizarse.

-No estoy de acuerdo en esto, madre.

Anina lo mira, sorprendida:

-Nunca te interesaron los negocios, Carlitos.

-Si algún día esta hacienda va a ser mía, tal vez sea momento de interesarme. Quizás sería mejor que aprendiera a manejarla. Siempre dijiste que querías viajar ¿Por qué no dejarla en mis manos, entonces?

Raimundo mira a Anina. Ella está gratamente asombrada, orgullosa y conmovida por la propuesta ¡Al fin, al fin su hijo muestra interés por los bienes familiares! ¡Cuánto tiempo esperó, cuánto, por oír esas palabras, por ver que el muchacho sienta cabeza y se propone manejar con mano firme la hacienda! No es que Raimundo sea mal administrador, no, pero es mejor que el joven amo vea la marcha de la finca y los terrenos. Y ella es sólo una mujer, ignorante en muchas cosas, torpe en otras. No ve la hora de levantar a sus nietos, sentarse a tejer con la nuera, ver como el hijo vuelve del campo luego de un día de trabajo, como volvía Carlos, silbando una tonada entre las viñas, saludando a cada peón por su nombre.

Raimundo en cambio, ve la ambición, la hipocresía. Los ojos de Carlitos brillan de codicia, su voz tiene un timbre agudo, de falsedad y su cara una mueca de avidez que la deforma.

Era costumbre que en esa época los amos comieran con el capataz. Y era costumbre también que el capataz llevara un revolver siempre cargado: nunca se sabe cuando un ladrón va a entrar a robar ganado. A veces el hombre desprevenido puede encontrarse con un puma o con un perro cimarrón en el campo. O puede tener que sacrificar a un animal agonizante.

Anina sólo pudo ver cómo Raimundo sacaba el arma y sin apuntar disparaba una, dos veces. Luego salió, montó la yegua alazana y fue a entregarse al comisario.

Esta tarde fui a conocer la casa donde Anina vivió muchísimos años más, hasta su muerte. Dicen que se volvió loca y que trató de expiar su culpa volcándose a la religión. Los vecinos la desahucieron, los

trabajadores abandonaron la finca, el campo se asilvestró y las viñas se perdieron.

Nadie quería entrar en la casa maldita ni hablar con esa mujer condenada por el oscuro secreto que guardó hasta el fin de sus días.

Dicen que ella se sentaba en la galería de la casa abandonada, casi en ruinas y miraba hacia las viñas –ahora tapadas por malezas- y sonreía, sí, sonreía durante largas horas. Quisiera pensar que recordaba aquellos tiempos de exquisita felicidad, de maravillosa plenitud.

Así son las flores de septiembre, en la montaña: se abren al sol, relucen y súbitamente, se apagan.

VISION NOCTURNA

-Doctor, necesito que alguien me crea. Le aseguro que no estoy loco, y si no hubiera visto lo que vi con mis propios ojos nada en el mundo me convencería de que esta historia es cierta. Pero tiene que creerme, porque no es ninguna broma: le juro que nunca me había pasado antes.

Mi familia cree que perdí la razón o que me dedico a la bebida. El sábado pasado vi los ojos de mi mujer fijos en mí cuando me servía una copita de buen vino tinto para acompañar el asado. Tiene miedo de que me convierta en un alcohólico como su padre, un borracho perdido que veía visiones y habla pavadas, puros delirios.

Tampoco soy abstemio, claro que no: un vaso de vino en las comidas, una cerveza cuando estoy con mis amigos, algún licor... pero sé controlarme y además le juro que nunca probé una gota de alcohol en horario de trabajo. La situación no está como para perder un buen empleo por una irresponsabilidad como esa, ¿no le parece?

No, tampoco fumo, no tolero los cigarrillos, ni los comunes ni de los otros. No tengo idea de lo que es la droga, ni quiero conocerla, por

supuesto: tengo una hermosa familia, un trabajo cómodo, mi casita en la costa ¿Para qué necesito la droga?

Podría decir que soy feliz. No tengo grandes ambiciones: sólo poder alimentar a mis hijos, vivir con mi mujer a la que quiero desde que la conocí en una fiesta familiar, hace exactamente catorce años.

Nos casamos al terminar el secundario. Tenemos dos hijos, una nena y un varón. Candela es la luz de mis ojos, y el muchacho, aunque travieso, es mi gran orgullo. Quiere ser jugador de fútbol, por eso lo mando a entrenar con el equipo del club del barrio, y cuando crezca veremos.

Mi trabajo es sencillo y me deja mucho tiempo libre. Soy guardia de seguridad en una joyería del centro. Cubro el turno noche junto a otros dos compañeros. La firma ocupa parte del subsuelo (allí está la cámara de seguridad donde se guardan las alhajas más costosas) y un amplio local a la calle. Como soy el empleado más antiguo y confiable (hace ocho años que trabajo con ellos, ocho años sin una queja de mis jefes) mi tarea es controlar las cámaras de video y ver que mis compañeros no se duerman o dejen de hacer sus recorridos durante la noche.

Mi área es el subsuelo. Allí está la habitación con los monitores donde se reciben las imágenes de las diez cámaras que vigilan toda la noche los pasillos desiertos, el salón elegante donde las mujeres convierten en diamantes las traiciones de sus maridos y las escaleras que llevan al entrepiso. Pero yo no veo damas ricas ni estrellas de la televisión: como le dije trabajo por la noche y cuando mi turno termina, a las siete de la mañana, sólo quiero regresar a casa, con mi mujer que me espera con un café y los chicos preparados para ir a la escuela. Conversamos un rato y luego me acuesto a dormir hasta el almuerzo. Esas pocas horas me alcanzan: nunca fui de mucho dormir, ni siquiera cuando era adolescente. Comemos y por la tarde me dedico al jardín o ayudo a mi cuñado en la tapicería. Siempre me queda un rato para revisar la tarea de los chicos o para llevar a Guille al club.

En todo este tiempo no hemos tenido ningún robo. Los ladrones sa-

ben que el sistema de seguridad (las cámaras, las alarmas) es infalible. No llegarían a entrar al edificio y ya la policía estaría sobre ellos. Sólo una vez hubo un incidente con una manifestación que pasaba por la calle, alguien arrojó una piedra y la alarma empezó a sonar, pero esto me lo contaron ya que pasó a las seis de la tarde y yo entro a las once. Como verá mi trabajo no me desagrada aunque es bastante rutinario. Nos entretenemos con la radio y conversando con los compañeros sobre las noticias del día, aunque luego cada uno tiene que hacer sus recorridos, ellos por arriba y yo por el subsuelo.

Andrés y Juan respetan mi antigüedad en el trabajo y mi suerte de “jefatura”. Saben que yo controlo que realicen su trabajo en las horas acordadas, que revisen el funcionamiento de los aparatos de alarma (los sensores, las centrales) y que completen la planilla donde hacemos el informe del turno. Hace cuatro años que nuestra planilla dice invariablemente: “Sin novedad”. Hace mucho tiempo tuvimos problemas con unos murciélagos que nos tenían ocupados con sus falsas alarmas. Una visita del exterminador de plagas y el asunto no volvió a molestarnos.

Le cuento todo esto para que vea que mi trabajo no me produce estrés, no tengo presiones de mis jefes ni conflictos con mis compañeros.

Hasta hace unas semanas todo marchaba a la perfección, pero un día (que me estremezco al recordar) todo cambió. Desde ese instante mi vida no volvió a ser la misma.

Una noche como cualquier otra paseaba mi mirada por el monitor de la cámara blindada cuando vi o creí ver algo que me heló la sangre. Me pareció ver a alguien, a una persona dentro de la habitación. Fue un segundo y después desapareció. Sin embargo, la alarma no había sonado, todo estaba en perfecto orden.

Revisé el monitor pero no había nada, no había señales de intrusos, que de todas formas no hubieran podido esconderse sin que las filmadoras los descubrieran.

Como sea esa noche no me sentí tranquilo y al volver a casa me costó

conciliar el sueño. Tres días después volvió a ocurrir. No era totalmente una presencia sino más bien “como una sombra”. La vi con el rabillo del ojo, una mancha que se deslizaba por delante de la pantalla y desaparecía traspasando la pared blindada.

Como estoy sólo en la cabina de mando mis compañeros no vieron nada, pero por las dudas les pregunté por el handy si todo estaba en orden y sin novedad. Se extrañaron de la pregunta, fuera de lo habitual, pero me aseguraron que era una noche tan tranquila como cualquier otra.

Retrocedí la película y busqué el momento en que la aparición había atravesado el cuarto: no había absolutamente nada en la grabación. Comprendí con horror que “lo que fuera” esa cosa no tenía nada de humano ni de corpóreo.

Probablemente había estado siempre allí, inmaterial, fantasmal, pero nunca hasta ese momento había penetrado en mi conciencia.

¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? No lo sé, no puedo siquiera imaginarlo. Soy un individuo rutinario, un mediocre. Tal vez por eso el espectro se ha acostumbrado tanto a mí, a mi vigilancia silenciosa de cada noche, que ya no se cuida tanto como antes y ahora se atreve incluso a materializarse y a circular libremente por todo el edificio.

Hace diez días Juan enfermó y con el otro guardia cubrimos su recorrido. Caminaba por un corredor cuando un soplo de aire frío, pasando a mi lado, me hizo erizar la espalda y un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza. Me di vuelta y alcancé a ver como la sombra doblaba en el pasillo y desaparecía en una oscuridad de la que parecía formar parte.

Desde ese día la he visto tres veces, cada vez más temeraria. Puede cruzar las paredes y flotar en el aire durante varios minutos. ¿No es para volverse loco? Cuando ya no pude aguantar tanta presión, le conté todo a mi esposa. Me miró con azorada incredulidad y me rogó que ya no bromeara con ese tipo de cosas. Insistí hasta que salió de la habitación dando un portazo y diciendo que iba en camino de convertirme un borracho o un demente.

En el trabajo no comenté nada: a uno pueden echarlo por eso. No me he atrevido a faltar tampoco: tengo miedo a que no estando yo en el edificio el espectro venga a buscarme a casa, de alguna forma soy su único y exclusivo público. Si ha decidido mostrarse a mí –quizás con alguna intención oculta- no puedo fallarle.

Ayer pude ver su rostro. Estaba sentado en la gran escalera y tras él se transparentaban los escalones de mármol blanco. Pero yo vi – o más bien, “percibí”- un rostro moreno y ceñudo, la mirada impenetrable de un indígena.

Hace algunos años leí que al edificar en algunos lugares de la Capital se encontraron restos de los primitivos habitantes, los querandíes. Algunos fogones, utensilios de piedra y hueso... y también los antiguos cementerios donde practicaban ceremonias y rituales de enterramientos colectivos. Creo recordar que el dueño de la joyería (fallecido hace años) decía que al construirse el edificio las máquinas habían triturado muchos esqueletos blanqueados por el tiempo.

Ya veo que usted tampoco me cree. De nada sirve que me diga que me tranquilice, ni que me ofrezca estas pastillas. Le digo que todo es absolutamente cierto y que me encuentre en mis cabales. No, no deseo acompañar a estos caballeros a ningún otro sitio, por más relajante que sea. Tengo que ir a trabajar esta noche, ¡suéltense! ¡SUEL-TENME!

LA SOMBRA DE MARTINA

Ocurrió en agosto. Martina, siempre tan saludable, tan feliz con sus ocho añitos de risas, juegos y mascotas, comenzó a sentirse enferma en la escuela. La primera vez, un jueves, Andrea recibió el llamado de la maestra a media mañana, mientras ordenaba la casa.

-Martinita se queja de un fuerte dolor de cabeza. Puede ser solamente un susto, pero sería mejor que vinieras a buscarla.

En efecto, la nena no estaba bien: la carita muy pálida, las manos frías y los ojos sin el brillo habitual. “El comienzo de una gripe”, pensó la madre, y se dispuso pasar los próximos días haciendo té con limón y rallando manzanas verdes.

Pero esa misma tarde, después de haber dormido una corta siesta, Martina se levantó rozagante y con muchas ganas de jugar con los cachorros y hacer la tarea de Matemática.

Andrea dudó al principio, pero se la veía realmente tan saludable que se sintió aliviada y la dejó correr y saltar en el patio con los perritos de dos meses y la paciente siberiana de ojos azules.

La segunda vez fue en septiembre. Durante la clase de Educación

Física, Martina tuvo un desmayo repentino. La directora llamó al auxilio médico y la doctora la reanimó después de un largo rato. Esta vez, Andrea pidió turno con el pediatra, que la revisó sin encontrarle nada. -No es tan extraño- dijo el doctor- a veces una baja en el nivel de azúcar en la sangre, o un mal movimiento de las cervicales puede causar un mareo. De todas maneras, si vuelve a pasar, tráigala al consultorio y vamos a realizar algunos análisis.

Las dos volvieron una semana después. Se había sentido mal en casa de una amiguita, empezó a llorar y a quejarse de un punzante dolor en la frente. Andrea la acostó y le dio un analgésico suave. Tres horas después la nena volvía ser la misma.

Los análisis de orina y sangre estuvieron listos en pocos días y desconcertaron al doctor. Los resultados eran buenos, no había datos anormales, ni siquiera una ligera anemia. Nuevamente el pediatra aconsejó esperar. Algo se estaba gestando, pero ¿qué? Nadie lo sabía. El domingo siguiente, mientras veía televisión, Martina empezó a llorar: -Me duele mucho, mami, me duele la cabeza.

-¿Qué parte de la cabeza, amor? ¿Acá? ¿En la frente? – Y le acariciaba el flequillo finito y largo.

-No, me duele acá – y se tapó ambos ojos con las manos.

Andrea sintió un repentino alivio: -¡Gracias a Dios! –pensó– No habíamos pensado en la vista. Es miope, quizás tenga que usar anteojos, pero no es grave. Muchos nenes usan anteojos. Para asegurarse hizo que la chiquita leyera el título de un cuento de su libro de fábulas infantiles.

-No entiendo lo que dice, mami. Veo las letras, pero no puedo leerlas.

-¿Ves borroso, amor?

-Todas las palabras se mezclan, parece una sopa de letras.

Y la próxima consulta fue con el oculista. Era un hombre canoso, de mirada dura. La examinó con diferentes aparatos, y al terminar, hizo salir a la chiquita con la secretaria mientras hablaba con Andrea.

-Esto es serio, muy serio. Todavía hay que hacer varios análisis, pero

creo que Martina tiene un tumor en la cabeza, cerca de los nervios ópticos. Al crecer, presiona los globos oculares y le hace sentir fuertes dolores, mareos, pierde la visión por momentos.

-¿Se puede operar, doctor?- Preguntó Andrea con un hilo de voz. La expresión del médico fue como un puñal clavado en su pecho, revuelto con saña.

-Es muy difícil, señora. No quiero mentirle: a veces sobreviven, pero quedan ciegos de uno o ambos ojos. De todas maneras, faltan estudios, necesitamos estar seguros. Quiero que sepa que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que Martina no sufra.

Decidieron operarla a fines de noviembre. Los dolores eran cada vez más fuertes y perdía la vista durante días. Pero también había semanas de calma, en las que jugaba con los perritos y leía sus cuentos preferidos, hablaba con sus amigas por teléfono (había dejado de ir a la escuela un mes antes) y le pedía a Andrea que peinara su largo y fino cabello rubio.

Un día fueron al zoológico de Luján. La pasaron bien, sin dolores. Andrea sacó varias fotos, acariciaron a los animales, tomaron mucho sol y comieron comida chatarra al por mayor. Fue un día perfecto. A la noche, tuvo un ataque terrible, más fuerte que todos los anteriores, y no volvió a recuperar la vista.

Martina murió en el quirófano. El tumor maligno, enorme, había invadido extensas zonas del cerebro, por detrás del nervio óptico. El cáncer había devorado a su paso células y tejidos, destruyendo en pocos meses la vida de la nena.

Un mes después del entierro Andrea fue a revelar las fotos sacadas ese sábado de sol, cuando fueron tan felices. Martinita rodeada de pequeños conejos blancos. Tocando a un leoncito, más parecido a una mascota que a un animal salvaje. Dándole de comer a un ciervito que asoma el hocico húmedo entre las rejas.

Pero al llegar a la última foto, Andrea se paraliza de horror. Martina está junto al vidrio del recinto de los monos. Los animales se ven al fondo, ajenos a la escena. Pero al lado de la carita de la nena, que

tiene las mejillas rosadas y el enterito de jean, se ve el reflejo en el vidrio de otra Martina, pálida y con los ojos cerrados. Viste de blanco y tiene las manos juntas, como Andrea la vio por última vez al cerrar la tapa del féretro.

LA RATA

-Voy al almacén – le dije a Raúl, poniéndome el abrigo – esta noche quiero hacerte esas tortitas con azúcar que tanto te gustan.

-No te tardes, mi amor – me respondió desde el balcón terraza, donde estaba regando las azaleas. Siempre tuvo mano para las plantas y los animales, tal vez sea por eso que Yoli, nuestra perra, lo quiere tanto, mientras que a mí prácticamente me ignora.

La encontré hace seis meses en la vereda del edificio, donde había ido a parar después que un motociclista descuidado le pisó la patita. Estaba llena de barro y gemía tanto que me dio pena y decidí adoptarla. A duras penas la arrastré al departamento. De inmediato me arrepentí, porque empezó a llorar más fuerte aún, como si yo la estuviera apaleando en vez de querer curarla. Hacía tanto ruido que temí que vinieran los vecinos a quejarse, pero el que llegó fue Raúl, que la lavó y le vendó la pata con tanto cuidado que en una semana estaba como nueva, aunque en los días húmedos cojea un poco.

Enseguida Yoli le tomó un gran cariño a mi marido. No come más que de su mano, llora cuando él se va a la oficina y da grandes saltos

cuando vuelve a casa por las tardes. Yoli se ha convertido en un integrante más de la familia, como lo son los pájaros que vienen a comer en el balcón terraza cuando Raúl les deja semillas y frutos secos sobre la mesita de hierro forjado.

El supo convertir mi departamento blanco e impersonal en un ambiente amable y acogedor. Cuando vivía sola, comía en la pizzería de enfrente para no ensuciar los platos y muchas veces me ponía la ropa sin planchar porque nunca fui buena para las tareas domésticas. Ahora tengo suerte, porque Raúl no sólo sabe cocinar muy bien sino que también le agrada limpiar y ordenar la casa y tener todo reluciendo. La ropa la lleva él mismo al lavadero automático que hay a la vuelta de la esquina, frente al mercadito, y le gusta plancharla las tardes lluviosas, cuando no sale a correr por el barrio junto a Yoli.

A mi esposo siempre le gustó correr y hacer deportes, todo lo contrario que a mí. Yo podría quedarme horas tirada en la cama, leyendo o mirando la tele, pero él se va al club y practica tenis y natación. El verano pasado me convenció para que tomara unas clases de baile, pero las abandoné a la segunda semana. Siempre quiere que siga estudiando, o tome cursos de arte, costura o cualquier cosa. Ya le he dicho que no soy tan hábil como él, y que prefiero quedarme en casa, pero no puede creer que me agrada más mirar las telenovelas que “pasar la tarde sanamente” como él llama a sus sábados por la tarde en el club.

Por supuesto, tiene muchos amigos: todos sus compañeros, e incluso los jefes, lo aprecian y ya tuvo dos ascensos en la oficina desde que nos casamos, hace un año y medio. Entonces él vivía solo en una hermosa casita en Caseros, con un precioso jardín y cortinas celestes; pero lo convencí para que se mudara conmigo al departamento en el centro, mucho más cerca de su trabajo. Al principio pensé que se iba a sentir como un sapo de otro pozo en la ciudad, pero por el contrario, en poco tiempo se hizo porteño como el que más, y tan conocedor de calles y transportes que cuando una de nuestras vecinas tiene que ir a un lugar que no conoce viene a preguntarle qué

colectivo o línea de subte tiene que tomar.

Es mentira que en Capital los vecinos ni se conocen: en nuestro edificio todos saludan y se saben hasta la fecha de cumpleaños de Raúl, aunque la mayoría no recuerda mi cara ni mi nombre.

¡Y qué bien duerme por las noches! Su respiración es pausada y tranquila, tan absolutamente carente de sueños y de pesadillas como la de una criatura recién nacida. Algunas noches me despierto, bañada en sudor, después de una de esas horribles visiones que estremecen mi sangre, y me lo quedo mirando largo rato, su cara siempre perfectamente afeitada, iluminada por la tenue Luna que entra por la ventana. Duerme como un tronco, si colocara mis manos en su cuello y apretara con fuerza, no sé si despertaría.

A veces yo no duermo en horas y me levanto cansada y ojerosa, pero él siempre está radiante aunque se haya acostado tarde. Como cuando se enfermó mamá y él la veló durante una larga noche hasta que murió al amanecer, con una sonrisa en los labios, mirándolo. Al final sólo quería verlo a él y que ningún otro le sostuviera la mano, frágil y consumida por la enfermedad.

Raúl perdió a sus padres de chico y tomó a los míos como propios. Ayudó a mi hermano a instalar su negocio y a mi hermana a salir de ciertos problemas con un grupito medio nefasto en el que estaba metida. Por supuesto, todos lo adoran. Al día siguiente de conocerlo, mi madre vino al departamento (nunca lo hacía, no le agradaba que yo me hubiera mostrado tan independiente o tan desagradecida de irme a vivir sola) y me preguntó, mirándome a los ojos como si en mí hubiera “algo” que nunca había advertido:

-¿Cómo hiciste para que se fijara en vos?

Y prácticamente lo mismo me preguntó Daniela, mi hermana, cuando anunciamos la boda. Todos pensaron que yo estaba embarazada, pues otra razón no podía haber para que “EL” se casara con este patito feo. En la recepción, después de la boda por Iglesia, todas las chicas (y había decenas, ninguna de ellas amiga mía) me felicitaban por haber podido pescar un ejemplar tan por encima de mis mejores

sueños.

- No lo dejes ir – me decían – VOS nunca podrías conseguir otro como él...

- Ahora vas a tener que cuidarlo mucho, porque es tan divino que todas las mujeres...

La luna de miel la pasamos en Bariloche, en una soñada cabaña junto al lago. Raúl se ocupó de que todo fuera perfecto y que yo no tuviera que mover ni un dedo, y desde entonces él se hizo cargo de mi vida. Cuando regresamos trajo al departamento algunos muebles, exquisitos y carísimos, que no pegaban con mis vejestorios de segunda mano; fue natural entonces que redecorara los ambientes a su gusto, por otra parte excelente.

Los pocos amigos míos que vinieron a vernos elogiaron tanto el cambio que decidí ya no volver a invitarlos, porque era obvio que habían caído bajo la fascinación de mi esposo.

Varias vecinas, que siempre me habían ignorado, trataron de hacerse mis amigas, pero las corté de mala manera. Mi hermana me dijo que estaba celosa, hasta Raúl lo pensó. Pero no es así: estoy tan convencida de que Raúl me es fiel como de que no lo amo.

Al ir a buscar la bolsa de las compras, antes de salir al pasillo, me choco con Yoli. Soy tan “nadie” para ella que ni siquiera quiere correrse cuando paso. No puedo contenerme y le pego una patada en el costado que la hace aullar de dolor. Por suerte Raúl no la oye, en el balcón, junto al ruido de la calle.

El almacencito de Doña Amelia queda al lado del edificio. Ahí van a comprar todas las viejas chismosas y uno se entera de algunos datos, como que las dos chicas del “3ero D” atienden caballeros de 17 a 24 hs y publican en diario, o de las virtudes curativas del Aloe vera. En general no escucho esas conversaciones, fastidiada porque me estoy perdiendo la telenovela de las cuatro, pero hace dos días oí algo que Doña Rosa, la portera de mi edificio, le decía a Doña Amelia:

-Tuve que sacarle la caja de las manos, tuve. La nena más menorcita estaba por comerse el veneno en polvo para ratas, ese que usted me

vendió el otro día, el de la caja verde. Tiene un olor como de azúcar impalpable. ¡La de coscorrones que la di a la Pili por no cuidar a su hermanita!

Las dos últimas noches no pude dormir bien. Será por lo de que hay ratas en el edificio. Raúl me dice que no me preocupe, que Yoli nos mantendrá a salvo de esos animalejos.

Mi esposo me debe estar esperando; siempre se preocupa cuando salgo porque sabe lo distraída que soy, pero a veces exagera y sospecho que me considera estúpida. Nunca lo da a entender, por supuesto, es demasiado caballero para eso. Como con mis tortitas de azúcar, que siempre alaba delante de todo el mundo e insiste en que yo haga. Creo que lo hace para agradarme, como cuando un adulto mira el garabato de una nena de 4 años y exclama –“¡Qué hermosura!”

Pero esta noche, tras la deliciosa cena que Raúl va a preparar, voy a servirle esas tortitas que él llama su “perdición” y voy a esmerarme en que tengan una doble capa de azúcar impalpable, como a él le gustan tanto.

Doña Amelia, pasando un trapo muy sucio por el sucio mostrador me pregunta:

- ¿Y usted qué va a llevar?
- Déme veneno para ratas, ese de la caja verde.
- ¿Usted también tiene alimañas en el departamento?
- Sí. Una muy grande, Doña Amelia. Mejor déme dos cajas.

LA EXCURSIÓN

Eramos un grupo competitivo, individualista, egoísta, narcisista y... otros "istas". Y sin embargo, mal rayo nos parta, decidimos hacer juntos una excursión que duraría ocho días, una excursión alejados de todo escape y de toda comunicación con el mundo civilizado, una excursión, en fin, a un lugar en donde podían aflorar nuestros instintos más salvajes.

Dios sabe por qué escuchamos López cuando lo propuso. Nos dijo que pensaba que éramos un grupo desunido, y nada mejor que un viaje para conocernos mejor y llegar a un acuerdo de ideas. Que ya que debíamos, a la fuerza, funcionar como grupo, por qué no buscar la mejor manera y hacernos, sino amigos, al menos no tan enemigos como éramos en ese entonces.

Confieso, mientras lo escuchaba lo primero que vino a mi mente fue la palabra: "Mierda". Pero luego me dije: -Esta es la mía. Porque yo, debo decirlo de una vez y para siempre, estaba chiflada por ese tipo y no había santo que me lo sacara de la cabeza.

¿Y qué mejor oportunidad para conquistarlo que una carpa en medio

de la meseta patagónica, a trescientos kilómetros de todo asentamiento humano?

Por eso, ante el estupor de quienes me rodeaban, dije: -Apoyo la idea.

Y como oponerse a dos cabezas duras como López y yo era una tarea superior a la que pudieran emprender todos los chorlitos allí reunidos, se decidió viajar.

1. Abajo del micro:

Antes de subir a eso que con entusiasmo llamamos “micro de lujo, cinco estrellas, con video, baño, la chancha y los cochinos”, el idiota de Fernando me dice: -Quiero sentarme con vos.

-No, no, - me hago la coqueta - que todo el mundo va a sospechar de lo nuestro...

- Y, que se sepa... a mí nada me gustaría más...

-Pero sí, pero no... no me siento con vos.

Y listo. Así son las cosas. Yo le doy calce porque tiene auto y todo eso, pero me cae pesado y me estremece su aliento viscoso cerca de la nuca. No respiro cuando estoy cerca, y no es de emoción.

Además, lo último que quiero es aguantar ocho días a Fernando con sus sandeces mientras ando detrás de López noche y día.

Tiro mi bolso en la baulera y subo al micro.

2. El chofer:

Está re fuerte. Exuda atracción animal, un bruto, por supuesto, verbi-gracia un asno. Sería capaz de hablarle de Longfellow a ver qué cara pone. No sé qué les veo a estos patanes, en especial cuando se portan vulgarmente.

Me mira por el espejo y se pasa la lengua por los labios. Es un verdadero palurdo. Me gusta.

3. En el camino:

López se está pasando. Señala todas las características del terreno;

donde no las hay las inventa. No hay piedra suelta o tronco tirado que no conozca y de todos da fiel testimonio. Es un poeta del camino; se emociona y se pone colorado. En su afán de prevención se está muriendo de calor con una camisa leñadora que debe odiar el jabón.

Me fascina cuando toma mate: observa el accesorio como si fuera una piedra de Marte.

Me pongo a su lado en la ronda para recibir el mate después de que sus labios hayan chupado la bombilla, ergo, lo recibo caliente y demasiado dulce, porque a él le gusta así. Yo protesto defendiendo los mates dulzones e hirviendo, son excelentes, ¡no sé quién puede querer uno a menos de 100 grados centígrados!

4. En medio de la nada:

Acá estamos. Asombro, admiración, patéticas explicaciones de López, lenguas mojadas del chofer, aliento de Fernando, todo eso vuelve a mi memoria “como en una película”. Después de 24 horas de viaje estamos en medio de los encantos de la meseta patagónica. Piedra pelada, maillines, arbustos en cojín. Cañadón por aquí, cañadón por allá. Sólo faltan siete días para volver. Menos mal.

5. Armando, la carpa:

La coma no es ociosa. Yo no sé poner la carpa y consigo con torpe seducción que mi compañero Armando lo haga. Pero se enreda y cae como bolsa de tubérculos al piso, la carpa sobre él. Risotadas estúpidas, burlas equinas y otras gansadas acompañan sus movimientos. Me pregunto en qué punto de la evolución se habrán quedado varados mis compañeros.

6. La comida:

¿Alguna vez, querido lector, comiste fideos de campamento? Si es así, recordarás cuando te preguntabas, removiendo la pasta con el tenedor, si eso era comida o el contenido de los frascos del lumbricario. Por piedad, me siento en la parte más oscura del fogón, allí donde la

luz del fuego no alcanza a iluminar mi cena y trago sin masticar mis alimentos.

Trato de pensar en cosas agradables, ya que si a mi mente acudiese la imagen de un documental que vi una vez sobre las tenias que parasitan a los etíopes, seguramente ocurriría algo muy feo.

7. A la noche:

Tengo frío, y por más que me revuelvo sobre el piso húmedo de la carpa las rocas precámbricas del basamento cristalino se me incrustan en la columna y no me dejan pegar un ojo en toda la noche. Al fin, cuando las primeras luces empiezan a clarear y es la hora más fría de todas, cierro los ojos y ya empiezo a dormitar cuando siento una poderosa e inapelable necesidad de orinar.

No hay caso: no me aguanto. Debo salir y satisfacer mi deseo tras un agostado arbustito, allí donde no tengo la seguridad de que alguien no me esté sacando una pintoresca foto.

8. La caminata:

Típico recurso de excursión, la caminata es la base de una de las industrias más florecientes de nuestro país: la fabricación de apósitos medicinales. Deja los pies a la miseria, los hombros contrahechos, la piel seca, el pelo hirsuto por el polvo y el viento del camino.

Caminamos con risa, el objetivo es ir y volver. Las piedras se me meten en las zapatillas, hay una parada obligada con el fin de desalojarlas y luego descubro consternada que una zapatilla no me entra, cual una gorda ante el zapatito de cristal de Cenicienta. Pugno por calzarla, me violento de dolor.

¡Pero aquí viene mi remedio! Fernando se acerca, me aconseja quedarme hasta que los demás vayan y vuelvan, se ofrece a acompañarme. Se produce el milagro, es como si Cristo me dijera: “Levántate y anda”.

9. López y la sopa:

López está decidido a cumplir su papel de guía y conductor, no tiene ni un minuto para dedicarme. Está muy posesionado de su rol. No me da ni la hora, y esto es textual, porque ha perdido su reloj en la caminata. Le apretaba y se lo sacó, lo dejó entre las piedras. Ni loco vuelve a buscarlo.

Había pensado en ir yo, para ganarme su estima, pero ni bien me alejé con disimulo del campamento y enfilé hacia la cañada, me encontré con el chofer fumando y hurgándose la nariz.

No llegamos muy lejos, casi ni caminamos.

A López le siguió faltando el reloj, pero en compensación anduvo con un fideo de sopa pegado al labio superior desde el almuerzo hasta la cena.

10. Ultimo día:

Esta tortura casi pasó volando; lo que no pasa es el dolor de mi costado, acostarse sobre estas piedras es un suplicio de digno de Guantánamo.

Por ser el último día armamos la parodia de un fogón con chistes verdes y todo, y hasta sería capaz de entonar “Se va la luz, se esconde el sol...” si no fuera ya demasiado cínico de mi parte. Hay límites incluso para la hipocresía.

Como gran festejo nos toca a cada uno una feta de salami y una porción de torta verde que alguien olvidó comerse en el viaje de ida, todo muy festejado y felicitado.

Nos vamos a dormir, no damos más. Y es cierto: un par de veces quise ir a buscar el reloj de López y no llegué, pero volví muy cansada.

11. En el micro:

Nos estamos haciendo los dormidos, aunque más que sueño lo que nos domina es un tedio más denso que las aguas del Riachuelo; al menos así disimulamos los bostezos con una buena causa y nos aho-

ramos la saliva de las discusiones bizantinas entre butacas del “micro de lujo, cinco estrellas, con bar y todo eso”.

Abro un solo ojo y miro al chofer, ya no se moja los labios, por otra parte algo irritados. Con el otro ojo miro a López que duerme a pata tendida y con la boca abierta no muy lejos mío. Y con el tercer ojo, ya que no puedo verlo pero me lo imagino, sé que Fernando está muy despierto y con cara de póker pensando qué dulces e inocentes criaturas somos las mujeres y cuán casta y recatada es una de ellas en particular.

12. Abajo del micro:

Llegamos. Besos, saludos, etc. La próxima vez que nos veamos tendremos un olor más civilizado que ahora y yo habré olvidado que vi la bombacha sucia de Lorena y ella que padeció mis ronquidos varias noches seguidas.

Eramos extraños, nos conocimos un poco y ahora, renovadas las fuerzas, volveremos a pelearnos, sacarnos los ojos y los pelos, y criticarnos a más no poder.

López no pudo, a su pesar, hacernos amigos.

Pero regresa pregonando que fuimos un grupo delicioso, solidario, unido, amistoso y llevadero.

Desea volver a llevarnos de excursión; pero yo te digo, querido López, que a la próxima excursión iremos sólo vos y yo.

LA CAUSA DE LA GUERRA

Y sí, una se termina acostumbrando a todo, incluso a la guerra. Como la bruma de otoño, la miopía o los mosquitos, su presencia se hace rutina y lo que antes era noticia se convierte en un episodio más, tan cotidiano que no sorprende ni merece mayores comentarios.

No fue así el primer año. Todos pensaban que la guerra sería rápida y el triunfo aplastante. La gente salía a las calles excitada y ansiosa, esperando las novedades del frente, viviendo a los soldados y pidiendo al cielo una victoria decisiva. Todas las conversaciones, los deseos, las oraciones, todos los rumores y las murmuraciones, nadie hablaba de otra cosa que no fuera del inminente desenlace del conflicto. Después, los meses convirtieron en años, y las esperanzas se hicieron desencanto.

A veces, las hostilidades se detenían por semanas enteras. Luego, de un día para el otro, las treguas se rompían y los ejércitos volvían a enfrentarse con renovado furor en batallas gigantescas, con miles de muertos.

A muchos de los que no volvieron yo los conocía bien, los

llamaba por sus nombres y visitaba a sus mujeres. Eran mis amigos, mis pretendientes, los parientes de mi esposo. Sus ausencias me pesan y entristecen ¡Que tanta belleza, tanta juventud, hayan sido quebrantadas, destruidas, aplastadas por la bota de un vencedor!

Toda la flor de esta generación, lo más espléndido y noble que había en ella, fue aniquilado y borrado de la tierra de un plumazo. En su lugar quedaron sueños deshechos, ojos sin lágrimas y enormes fosos llenos de cadáveres.

Aunque la guerra terminara hoy mismo -y hay quienes dicen que ya no puede durar mucho más- no creo que en diez años pudieran superarse sus secuelas. La industria, paralizada; los campos, sin cultivar; el escaso ganado que queda, desacostumbrado ya a la mano del hombre, y los niños, hijos de un corto permiso y huérfanos de la presencia paterna, criados entre viejos y mujeres y traumatizados por todo el horror de esta guerra sin fin.

Una vez escuché que ciertos acontecimientos despiertan a los pueblos dormidos y sacan de cada persona lo mejor y lo peor que tiene dentro de sí. Si es así, en mi marido sólo surgió lo más ruin. Lleno de pavor y cobardía, le dio la espalda al enemigo para ir a esconderse entre mis faldas, pusilánime miedoso. ¡Cuánta vergüenza sentí entonces! La cara se me caía del bochorno, es especial delante de la esposa de mi cuñado, que se comportó como un verdadero hombre y no deshonró su casa con una indigna deserción.

Entonces, la guerra podía haber terminado y cada hombre regresar a su hogar y a su familia, deponiendo las armas y dejando de lado odios y rencores. Pero quiso el Cielo que no hubiera entendimiento entre los jefes de ambos ejércitos y la lucha prosiguiera, favoreciendo algunos días a uno u otro bando.

Y como si con la guerra no alcanzara, la enfermedad y el hambre están entre nosotros. Aunque al principio pudimos burlar el bloqueo, las provisiones se fueron haciendo escasas con el correr de las semanas al igual que escasos son ahora nuestros aliados.

Por suerte el agua potable no falta, pero la comida está racio-

nada y no sé cuánto tiempo podremos subsistir con lo que queda.

Me pregunta por qué comenzó la guerra. Quizás a estas alturas ya no importa, o fue olvidada la causa o incluso nunca nadie la supo. Yo no estoy muy al tanto de la política pero creo que fue por una vieja rivalidad entre nuestros gobiernos y por envidia hacia la prosperidad económica y comercial de esta ciudad, una de las más ricas y bellas que he conocido.

Algo me preocupa en estos los últimos días, y es que con la ausencia de los hombres las mujeres de aquí, antes tan sumisas, han empezado a chismorrear en voz alta, a reunirse en las esquinas y arrojar su bronca y desesperación contra el primero que pasa.

Las calles ya no son seguras para mí, rica, hermosa y sobre todo, extranjera.

Hasta las esclavas me señalan y murmuran en mi contra. Anoche las oí decir que la única culpable de esta guerra soy yo ¿Puede creerlo? ¡Se atrevían a acusarme a mí, a Helena, esposa de Paris!

VERDE PROFUNDO

Tres hijos y una mujer tuvieron mis padres para mi desgracia. Mi hermana casó joven con un comerciante, pero murió de parto entre grandes dolores. El mayor heredó la hacienda, y la perdió en el juego, así como su decencia. El siguiente recibió un capital al fallecer mi padre, que invirtió mal y terminó preso por deudas. Para mí, el menor, en el reparto no quedó nada.

Así salgo de este Reino de España, en el año del Señor de 1799 con una mano delante y otra detrás, para hacerme a la mar y llegarme a las colonias; el puerto sólo sé que se llama Nueva Barcelona, en la Provincia de Venezuela; por otra parte lo ignoro todo sobre la geografía y las oportunidades de progresar que presenta la región, aunque peor que en mi tierra no he de estar...

Veinte jornadas lleva el Santa Eulalia de mar bueno y a veces planchado. La goleta es pequeña y con poco pasaje. Con la tierra ya cercana, una mañana se avista un barco pirata, a dos millas de distancia. Se nos ha acercado en la noche, quizás sin saber de nuestra presencia, buscando al azar algún mercante para abordarlo. El inglés

lanza un cañonazo de advertencia, más nuestro capitán, confiado en que no se atreverá a atacarnos con la costa a la vista, pone proa a tierra desoyendo el alto.

A toda velocidad no logramos empero evitar dos cañonazos, que caen uno rozando la cubierta y destrozando a dos marineros y el otro haciendo un gran boquete al casco.

A pesar de nuestras averías, el barco pirata nos sigue sólo un corto trecho, sin acercarse a nuestra posición; el porqué lo sabremos momentos después, cuando un fuerte choque y un gran crujido nos avisan que hemos tocado un arrecife semioculto en la marea. El poderoso impacto comienza a partir el barco por la mitad mientras el palo mayor se desprende y cae estrepitosamente al mar.

Ya el agua entra a raudales por el casco herido de muerte cuando varios nos arrojan por la borda con sólo lo puesto. Quienes vacilan en cubierta si seguirnos o quedarse, son arrastrados un minuto más tarde al hundirse dejando un torbellino que devora todo como un vórtice hambriento.

Gané a nado la costa, junto a dos compañeros. Otros dos que venían perecieron, ya sea por malos nadadores, o como alimento de los tiburones. Llego a estas playas desnudo, y sin embargo, nada pierdo porque nada tenía; sólo he de extrañar el relicario con la imagen de mi madre, única herencia que me tocó en suerte, y perdida como todo lo demás.

Caí rendido en la arena blanca. No sabíamos dónde estábamos ni a qué distancia de una habitación humana. Recogimos algunas cosas que el mar llevaba como restos del naufragio; tablas, un baúl con ropas de mujer, pero ningún alimento o arma.

Con las tablas improvisamos un techo apoyado en unas ramas; pues las nubes negras y unos relámpagos lejanos auguraban tormenta, y estábamos cansados y calados hasta el hueso.

La lluvia, o mejor dicho, diluvio, comenzó poco después, y si al principio se filtraba por nuestro precario refugio, terminó volteándolo por su mala hechura. Esperamos el fin de la tormenta (que duró hasta el

alba) bajo las grandes hojas de una planta tropical.

Mis compañeros sostenían que nos hallábamos en una ínsula y no en tierra firme, pero cercana a la ruta de los mercantes españoles y franceses, y por lo tanto nos convenía esperar en la playa ser rescatados. Mi opinión era la contraria, y por tal causa discutimos.

Nada nos unía ni éramos el uno de los otros, por lo tanto no me retenía nada de partir, aunque dudé de hacerlo, pero el temor al hambre y la sed me impulsaron a alejarme hacia el oeste, sabiendo que hacia ese punto se dirigía el barco antes del fatal percance.

Caminé varias jornadas tomando el agua de lluvia usando para tal las hojas en forma de embudo, y en una sola ocasión hallé un pequeño arroyuelo que fluía a la mar. Comida no encontré ni pude hacerme de ella, carente como estaba de un arma para cazar ni un fuego para asarla. Comí unos frutos parecidos a pequeñas manzanas verdes, que me saciaron pronto y luego me causaron un fuerte ardor en la boca del estómago y un feroz ataque de náuseas.

El quinto día vide unas indias a orillas del mar, más al querer hablarlas huyeron asustadas de mi harapiento traje o de mi rostro quemado por el sol y picado por los insectos.

Poco después caí desvanecido; así me encontraron unos bandidos, que seguramente asaltaban a los viajantes o recogían en la orilla restos de los naufragios, pero al ver que no tenía nada que ser robado, ni era persona de riquezas por quien pagaran rescate, se apiadaron de mí y me dieron agua y comida, dejándome para que me salvara o sucumbiera si esa era mi suerte y la voluntad de Dios.

Tras dos días de fiebres altísimas, que pasé casi desmayado, amanecí mejor aunque muy débil. Continué la línea de la playa, descansando cada pocos pasos; no me animaba a entrar a la selva por temor a las víboras y al gran tigre de quien dicen prefiere la carne de europeo, al que devora mientras aún está vivo.

Como sufría alucinaciones y mareos, no noté la cercanía de una aldea miserable hasta que dentro de ella estuve. Me desplomé frente a una casucha, cuyas buenas y pobres gentes me levantaron y pusieron en

una hamaca, colgada entre dos vigas que sostenían el techo de palma en el que se filtraba el agua y el sol. Esta habitación era la única donde dormían, cocinaban, comían y reparaban sus redes estos infelices que luego de darme agua con unas hierbas continuaron con su vida, ya que otros remedios no tenían ni conocían ni en beneficio de sí mismos.

Una semana pasé dominado por las fiebres tercianas que aún sufro de tanto en tanto. Sin embargo, no era mi destino morir aún, y de a poco me repuse. De poca ayuda, y una fuerte carga le era a mis bondadosos pero pobrísimos hospedadores, y así entendiéndolo me retiré en cuanto estuve más fuerte y capaz de caminar sin desmayarme.

Estaba a dos jornadas de Cumaná, capital de la Nueva Andalucía, me informaron. Llegué en cuatro días, y ya sin aliento. Hambriento y cansado, busqué amparo en una capilla, cuyo sacerdote, un vasco jovial y amante de la buena comida, a juzgar por su abdomen prominente, me dio hospedaje y algunas ropas. La provincia estaba sufriendo el azote de la fiebre amarilla, y la mayoría de los europeos habían salido hacia Caracas, quedando en ella mestizos, negros y algunos criollos. El padre me invitó a quedarme algunos días, mientras me componía y decidía qué hacer de mi existencia.

Si bien las tierras eran ricas y feraces, el comercio abundante gracias el contrabando, y la minería buena y fecunda, todo esto requería un capital y conocimiento de los negocios que yo no tenía. Acaso podría emplearme en una hacienda o bien como criado de algún señor, más para eso debía esperar el fin de la peste o viajar a otra región.

Preferí quedarme, ya que mis fuerzas escasas y mi bolsa inexistente hacían poco recomendable el viaje. Pasaba mis días sentado en el umbroso patio de la vivienda parroquial, reponiendo mi salud y ayudando en algunos menesteres al párroco.

Un día, mientras barría la capilla, entró una mulatita a rezarle a una virgen. Verla y enamorarme fue todo uno. Más mi timidez y mi falta de costumbre de tratar con el bello sexo me impidieron acercarme, no

así seguirla a la salida hasta la casa de sus señores, ausentes de la ciudad como gran parte de la población.

Durante varias semanas la espíe en secreto; la seguí a la feria, a la playa, al barrio de casuchas ruinosas donde vivía su vieja madre y sus hermanas; la esperaba algunas tardes en la capilla, donde traía flores o prendía velas a algún santurrón.

Por fin me decidí a hablarle; tartamudeando le dije de la pasión que me inspiraba. Tras mirarme como a un demente, se echó a reír sin ningún disimulo; tal respuesta me humilló más de lo decible. Desde niño he sufrido un enorme amor propio, o bien un exagerado temor al ridículo. Antes de que la mulata dijera palabra, me di la media vuelta y huí por los fondos del altar. Aún escuchaba las carcajadas en mi cabeza aunque no hubiera sabido si reales eran o producto de mi orgullo herido.

Esa tarde expliqué al padre que me urgía salir de la ciudad, aunque sin aclarar el motivo, que hasta a mí parecía ser de poco valor; no era yo un hidalgo, que tanto importara mi honra y nombre, ni era la risa de la muchacha causa de baldón, más yo sabía que no podía quedarme y volver a verla, o regresar al lugar donde había sido de tal forma afrentado.

El buen cura me habló de un grupo de mercaderes que salían hacia Bogotá en las tierras altas y libres de fiebres, acompañados en previsión a los ataques de indios y bandoleros de un grupo de soldados. Pero éstos no abundaban por hallarse afuera a causa de la peste, y un blanco que usara un arma podía ser llevado, e incluso ganar algún dinero, siempre que no temiera los peligros que en el camino surgir pudieran, como jaguares, Amazonas, bandidos o indios caníbales. Luego de despedirme de mi benefactor y sin demora de equipajes, que no los había, me llegué adonde me habían señalado se hospedaban los comerciantes y convine acompañarlos por poca paga siempre que me adelantaran para comprar un arma; no fue esto necesario por darme una un capitán, que fuese de un soldado muerto hacía unos días.

Salimos a la mañana, guiados por dos indios chaima que iban casi tan desnudos como habían llegado al mundo, excepto unos trozos de hojas atadas a la cintura con fibras sacadas de la misma palma.

A poco de dejar la zona de fiebres malignas, y entrar a la selva hostil nos sumergimos en bandadas de mosquitos, tábanos y jejenes, que a toda hora nos picaban en la piel desnuda o cubierta, introduciéndose bajo las ropas, asolando a perros, caballos e indios, haciendo una tortura de cada hora y un infierno de cada día. Al parar para comer o pernoctar, hacíamos fuego con madera verde, que poco respiro nos daba, ya que el humo era igual de insufrible. Mis ojos estaban casi cegados y mis manos y cara hinchadas por las picaduras.

El largo viaje da tiempo a los pensamientos; me pregunto si al fin, en Bogotá encontraré mi destino, así sea la muerte. Hasta ahora este camino no es más que la continuación de la misma senda que en España me llevó a desatarme de todo. Es eso, este desprendimiento, este no-ser para nadie ni para mí mismo, no tener nada y que nada me posea. . . siento que en este verde profundo que me rodea me sumerjo y me pierdo, desaparezco para siempre en la inmensidad floral. Anoche tuve un sueño: unos dientes y unas garras me despedazaban, me sorbían hasta los huesos astillados y blancos; pero no había angustia sino una aliviada resignación en ese entregarme a lo que está escrito y debe ser. Cuando desperté faltaban los dos perros, que habían dormido a mi lado, los llamé y por un rato los buscamos, más no volvieron. Pienso que fueron alimento de las fieras, pero porqué no ladraron, no lo sé. ¿Se alejaron de nosotros, atraídos por algún ruido, o el tigre entró hasta donde dormíamos para arrebatarlos? Quizás mi propio sueño haya sido provocado por el husmear y los silenciosos pasos del felino.

Dos de los mercaderes están muy enfermos, quizás ya llevaban la fiebre en el cuerpo y las penurias del viaje la hicieron recrudecer; hemos de detenernos para que repongan fuerzas y al fin se decide que regresen, con una parte de la custodia y un indio. Sólo quedamos ahora un mercader, tres soldados, un indio y yo, con los caballos y

tres acémilas cargadas. Pobre protección hemos de ser, si los indios nos atacan, aunque quizás nuestras armas los ahuyenten, si la peste o los mosquitos no nos matan antes. Los animales tienen heridas en sus patas y orejas, por las mordidas de vampiros, e incluso anoche atacaron a uno de los soldados, que despertó gritando con la bestia prendida al cuello.

Hasta ahora hemos cruzado varios ríos, algunos simples riachos, otros más crecidos pero el que ahora se nos presenta, el Apure, que corre hacia el Orinoco, está desbordado y se vierte en las orillas formando un gigantesco pantano en el que los caballos se niegan a entrar. Según el guía indio no queda otra posibilidad que cruzarlo aquí ya que al sur se hace más caudaloso y al norte nos desviaría muchas millas de nuestro destino. Tres días tardamos en salir de ese lodazal, y en la corriente principal de río perdimos una mula y un caballo, la primera atrapada por caimanes y el segundo arrastrado por el agua. El mercader que en él iba pudo salir pero el animal se hundió y no volvimos a verlo.

En la orilla barrosa hay muchas huellas de jaguares; el nativo olisquea el olor acre en el aire y nos apura a seguir, a no detenernos pese al cansancio cerca del coto de caza de los tigres que quizá nos miran desde la espesura ahora mismo.

Más adelante, en un riacho claro, uno de los soldados entró a refrescarse y fue atacado por pirañas; corrimos a auxiliarlo pero nada pudimos hacer una vez que la sangre excitó a los demonios que en más cantidad acudieron y dieron fin a su vida en contados minutos. Su mano agitándose por sobre las aguas, como una despedida, fue lo último que alcanzamos a ver de él.

Nuestro indio se aleja a menudo a buscar el alimento, regresa con presas que devoramos a pesar de no ser de nuestro agrado: monos, algunas aves o un ciervo. Más esta mañana no estaba, y con él las dos mulas y dos caballos habían desaparecido. Lo esperamos hasta la tarde, aún seguros de que no volvería; ha visto la oportunidad de huir con las riquezas, exponiéndonos a una muerte segura. El ataque no ha venido desde afuera sino desde la traicionera seguridad con que lo

seguíamos.

Estamos perdidos. La verde maraña nos asfixia con su cerrazón sin límites; es un lazo ajustándose más y más, un caminar en círculos, la demencia de un ciego que se golpea contra las paredes, buscando una salida que sabe no hallará jamás.

Mis compañeros enloquecen, gritan, se echan culpas. Cómo decirles que se resignen, que estamos muertos desde el momento en que nacemos, que todo es una postergación más o menos dilatada de lo ineludible.

Me alejo, tengo que alejarme mientras discuten. No miro hacia atrás, como no miré en el naufragio de mi vida. Camino sin rumbo, pero sé bien hacia donde voy, hacia la fangosa orilla del río donde se apilan los huesos de pecaríes y venados. Mis pies se hunden en el barro viscoso. Anochece, debo concluir este relato. Ya vienen por mí.

POESÍAS

EL CIELO EN EL MAR

Un capricho cartaginés, quizás,
O un presente griego.
Aureo eslabón, que clava su zarpa
Venenosa, un arreglo de esmeraldas,
Una parrafada de estrellas.

Así el cielo peliblanco, untuoso,
Pequeña paloma en la vastedad del mar,
Vergel de ondinas, imperturbable dios,
Escobazo de cometas, clarín de bronce,
Ríe con ganas en los atardeceres,

Hasta agotar su luz, hasta extinguirla.

MARINA

El mar, en bravata corcoveante
Amenaza la costa con puños de coral:
Avanza, caracolea, esgrime olas,
Arroja esmeriles de filosas aristas.

Incómoda, la arena salpica cristales,
Torpedea a la espuma,
Cortante escollera, pérfida
Gárgola oculta entre las rocas.

Lenta, nunca sorpresiva, la marea
Establece una tregua: se retira
El mar tras el pillaje,
Dejando un asomo de cangrejos.

FRÁGIL

Cuando la sogá se rompa
caeré al fondo,
cuando el cristal se quiebre
me hundiré sin remedio.
Pero el vidrio partido
no cede de un golpe,
aguanta crujiendo
quizá un largo tiempo.
Hasta el diamante se parte
como una delgada lámina,
aún el acero se funde
blanda arcilla maleable.
Cuando la superficie ceda
no habrá más salida,
cuando la grieta se abra
me ahogará en lo profundo.
Pero mientras resista, es mi deber,
y casi una prueba de humanidad,
no caer, no hundirme, no ceder
el precario equilibrio sobre el hielo.

INDICE

La ruta de los dinosaurios.....	7
¿Por qué Neuquén?.....	9
1. La ruta de los dinosaurios.....	12
2. Fuego y nieve.....	32
3. Joyas de los lagos del sur.....	40
Relatos.....	47
Flores de septiembre.....	49
Vision nocturna.....	60
La sombra de martina.....	65
La rata.....	69
La excursión.....	74
La causa de la guerra.....	80
Verde profundo.....	83
Poesías.....	91
El cielo en el mar.....	93
Marina.....	94
Frágil.....	95